



UN TESORO EN VASIJAS DE BARRO

**Reflexiones para la vida religiosa y sacerdotal
a la luz de la Palabra de Dios**

Alegría, despertar, comunión, mundo-periferia, creatividad-innovación. Son expectativas que se reclaman hoy para la vida religiosa y sacerdotal. Dígase lo mismo para quienes sienten en su corazón el llamado a un servicio más comprometido con el Señor y el anuncio de su Evangelio. A veces, aferrados en demasía a la tradición, nos volvemos irrelevantes, incapaces de transformar la cultura y de discernir dónde actúa el Espíritu de Dios. Este modelo no atrae a las nuevas generaciones, que desean igualdad, compasión, autenticidad y alternativas a las políticas de hoy. Estamos llamados y urgidos a ser signos de alegría, a despertar al mundo, a mostrarnos expertos en comunión y a salir a las periferias existenciales tratando de discernir los signos de los tiempos.

José Cristo Rey García

CMF

NÚCLEO 1: El tesoro de la vocación inmerso en el barro de la fragilidad

Pero este tesoro lo llevamos en vasijas de barro, para que todos vean que una fuerza tan extraordinaria procede de Dios y no de nosotros" (2 Co 4,7).

Corinto era una ciudad importante y abundante en el istmo (franja estrecha de tierra) que separa el norte del sur de Grecia. El apóstol Pablo estuvo allí dieciocho meses durante su segundo viaje misionero y fundó allí una comunidad cristiana. La segunda carta a los corintios fue escrita unos pocos meses después de la primera. De parte de Tito, el Apóstol se había enterado de que su primera carta a los corintios había hecho que muchos de ellos se convirtieran, pero también tuvo conocimiento de que un grupo de apóstoles judaizasteis habían llegado allí, predicando un evangelio falso y rechazando su autoridad. Entonces escribe una segunda carta, que se cree son varias en una. Pablo, además de un profundo amor mostrado en esta carta, defiende que Dios le dio autoridad sin merecerlo, y apunta a las malas ideas que se sembraron en la comunidad en cuanto a él y a su trabajo.

La vida del apóstol Pablo se caracterizó por un profundo contraste: por un lado, el sentido de su indignidad, de su falta de mérito; y por otro, la grandeza del mensaje que proclamaba. Y él mantuvo siempre vivo ese contraste, para que nadie pudiera cuestionar el origen del Evangelio y su carácter como una obra de Dios y no de los seres humanos. En efecto, el mensaje de la salvación y los resultados que ésta produce son gloriosos y divinos. Pero en contraste, los portadores del mismo son personas frágiles, débiles, mortales. Y Pablo tenía motivos suficientes para vanagloriarse y no sentirse débil, pero su deseo era ganar en su vida a Cristo Jesús.

Pablo decía: "tenemos este tesoro en vasijas de barro". La comparación con las vasijas de barro, nos hace evocar el incidente que tuvo lugar en la época de Gedeón. Recordemos que en el libro de los jueces, en el capítulo 7, Gedeón reunió solo a trescientos hombres para liberar a su tierra de los numerosos invasores madianitas. Cada uno de sus hombres llevaba en sus manos una antorcha y una vasija de barro. Llevaron sus antorchas dentro de las vasijas para que a la distancia, la luz no pudiera verse. Luego, cuando estuvieron frente a los madianitas, rompieron sus vasijas. Y fue entonces cuando la luz pudo brillar en la oscuridad. Esto es lo que necesitamos que ocurra en la actualidad. Figurativamente hablando, desde un punto de vista espiritual, necesitamos que se quiebre la vasija o el cántaro de barro de nuestro propio orgullo.

Hagamos algunas aplicaciones a nuestra vida. Por un lado, nosotros somos simplemente como vasos de barro. Pero tenemos un tesoro; ahora, ¿cuál es ese tesoro? Es el Evangelio glorioso y lo llevamos en nuestros pequeños y viejos vasos de barro. Es por tal motivo que el Apóstol llegó a afirmar: "no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor". A veces tenemos sueños de grandeza, incluso en el servicio cristiano, pero a la hora de la verdad, incluso considerando nuestra historia personal, somos sólo siervos. Y aquí cabe destacar que por el barro de nuestro orgullo no nos gusta que nos traten como tales. El apóstol Pablo fue un hombre que supo lo que implicaba sufrir por causa de Jesús, y que su vasija se quebrase. El problema hoy es que no hay mucha gente dispuesta a pasar por esa experiencia. Un profesor solía decirnos que cuando alguien nace, alguna persona tiene que sufrir. En nuestra vida cristiana también sucede así. Y el motivo por el que más personas no experimentan un nuevo nacimiento espiritual es que no hay muchos dispuestos a pasar por todas las dificultades y dolores que un nacimiento implica. Se habla mucho sobre la necesidad de dar testimonio de la fe, pero esa labor exige pagar un precio, y no precisamente un precio material. En este sentido, pues, la vasija de barro del orgullo personal con sueños de vanagloria debe ser quebrada. En nuestra vida no podemos hacer las cosas a nuestra manera, y al mismo tiempo, a la manera de Cristo.

Por otro lado, nuestra vocación sacerdotal y/o religiosa, y la llamada que muchos cristianos sienten para comprometerse con el anuncio del Evangelio, es también un gran tesoro que Dios nos dio sin mirar nuestros méritos personales. Pero hoy hay un peligro muy fuerte de fragilidad personal en nosotros. Y nuestras fragilidades personales pueden echarlo todo a perder. En este sentido hemos de cuidar que no se rompa nuestra vasija.

I. **TRAS LOS PASOS DE LA RADICALIDAD EVANGÉLICA**



Quienes hemos tenido la gracia de visitar alguna vez la Capilla Sixtina no hemos podido dejar pasar como desapercibido aquel famoso fresco conocido como “El dedo de Dios”. Es la escena de la creación del ser humano, momento cumbre donde el dedo de Dios parece tocarse con el dedo de Adán. Este ícono, pienso yo, se presta muy bien para graficar el misterio de nuestra vocación. Porque, en efecto, en la vocación, y por medio de ella, sucede un contacto entre Dios y el hombre. Se trata del encuentro misterioso entre dos amores. Por un lado, el amor de Dios, que tiene siempre la iniciativa, que es libre y gratuito, que nos ha conocido desde la eternidad y ha tenido un sueño maravilloso para cada uno de nosotros. Por otro lado, nuestro amor humano, que es siempre una respuesta histórica, en medio de nuestras fortalezas y debilidades, con el peso de nuestros errores y caídas. Dos amores que se encuentran gozosamente y que escriben una historia cuyo devenir se va revelando día a día.

1. El misterio de la vocación

Sin duda alguna, a cada uno de nosotros Dios lo llama a esta hermosa vocación. Para esto recibe de Él dones personales y, si corresponde fielmente, encuentra el camino de su plena realización en Cristo.

Quiero hacer hincapié en esta expresión: “a cada uno de nosotros”. Aunque Dios nos convoca y nos hace partícipes de su misión, no nos ha llamado en masa. Al contrario, ha tenido la delicadeza de llamarnos uno por uno, con nombre y apellido propios, y nos ha regalado esta llamada que corresponde a un sueño eterno suyo. Muchas veces, al echar una mirada de fe a nuestra historia vocacional, nos hemos preguntado: “¿Por qué me ha llamado el Señor”? Quizás nunca hayamos encontrado respuestas del todo convincentes, pero hemos de coincidir en nuestras opiniones que la respuesta se pierde en el amor gratuito y eterno de Dios para con cada uno de nosotros. Dios nos ha llamado a esta vocación simplemente porque nos ama. No ha esperado nuestros méritos propios, no se ha fijado en la calidad de nuestra historia personal. Simplemente nos amó desde la eternidad y nos soñó en la vida religiosa y/o sacerdotal. Siempre el misterio de la vocación habla ante todo de Dios, nos revela un aspecto fundamental de su identidad divina: es un Dios que llama, y llama porque ama. Llama para manifestar su amor, su atención y preocupación por la persona llamada, como si fuera única para Él. La vocación descubre al hombre lo que es y lo que está llamado a ser, como manifestación de Dios. Por esto, las llamadas son tantas como son los seres humanos. Cada uno de nosotros constituye una pieza del gran mosaico que es el sueño de Dios para toda la humanidad. Si respondemos positivamente estaremos siempre allí, pintando con nuestra vida aquella hermosa imagen que tiene a Dios como centro. Pero si no respondemos al llamado de

Dios, seremos un pequeño vacío, una pieza que falta, por más minúscula que sea, porque Dios no la va a reemplazar por otra.

La vocación, pues, nuestra propia vocación, es un misterio. Cuando hablo de misterio no lo comprendo a la manera como lo entendían los antiguos griegos, como lo incognoscible, lo que no se puede conocer ni penetrar. Entiendo hablar de misterio en sentido bíblico, como aquello que, si bien estuvo oculto por mucho tiempo, poco a poco se ha ido revelando sin agotar lo que es. En tal sentido, Dios es misterio, la vida es un misterio, la muerte es un misterio y la vocación también lo es. El ser es misterio y nuestra vocación, como despliegue histórico de nuestro ser, también lo es. Recuerdo que una vez, acogiendo la visita de un hermano formador, le pregunté por otro hermano a quien faltaba poco tiempo para recibir la ordenación sacerdotal. Sentí un halo de tristeza al enterarme por él que dicho hermano se había retirado hacía poco de la Congregación. “¡Qué le vamos a hacer, es el misterio de la vocación!”, me dijo el formador. Y pienso que tenía mucha razón. A determinado punto de su historia personal aquel hermano comprendió que los caminos de Dios para él iban por otros rumbos y era menester seguirlos fielmente, aunque su retiro provocase dolor.

La Madre Teresa de Calcuta, tengo entendido, vivió muchos años de aridez espiritual. Cada día intentaba escuchar la voz de Dios y éste parecía haberse callado. Había ocupado cargos importantes en la Congregación religiosa a la cual pertenecía, pero un día escuchó por fin la voz de Dios que le pedía algo diferente. No tuvo miedo de abandonar su Congregación para fundar una nueva, las Hijas de la caridad. Ella interpretó esto como una llamada dentro de la gran llamada. Es el misterio de la vocación, que día a día se va desplegando a la manera como progresivamente se despliega un abanico, para mostrar la bella imagen que oculta en su inte-

rior. Y en tal sentido, cada día hemos de estar muy atentos para escuchar las nuevas llamadas de Dios dentro de nuestra gran llamada.

Dios es misterio y su misterio es inagotable. Nuestra vocación es misterio y este misterio no es del todo comprensible para ninguno de nosotros, pero penetramos y vamos conociendo y comprendiendo con la pedagogía del paso a paso. Para graficar esto a mis alumnos, muchas veces he recurrido al siguiente ejemplo. Imaginemos una noche nublada, sin luz de luna ni estrellas ni luces artificiales. Oscura como boca de lobo. Encendemos un fósforo y adquirimos una pequeña llama que nos regala su luz y calor. Esa llamita equivale a lo que conocemos del misterio de Dios, pero la profunda oscuridad que rodea es lo que nos falta conocer aún. ¿Podemos penetrar y seguir creciendo? Claro que sí. Encendamos ahora una rama de árbol y hagamos una antorcha. Tenemos un poco más de claridad, pero siempre hay oscuridad que rodea. ¿Podemos seguir creciendo? Por supuesto que sí. Juntemos varias ramas y encendamos una fogata. Ahora tenemos más luz, más claridad, pero no podemos negar que sigue habiendo oscuridad alrededor. ¿Y aún podemos crecer más? Incendemos el bosque. Tenemos mucha más luz, podemos ver mejor, pero siempre habrá oscuridad que rodea. Así también sucede frente a Dios y frente a nuestra vocación: crecemos en el conocimiento, penetramos, pero nunca podemos agotar, pues si así fuera, dejaría de ser misterio. Por ende, la manera más efectiva para penetrar comprender es haciéndolo desde la fe y nunca desde nuestros esquemas personales.

2. Tras los pasos de la radicalidad evangélica

Desde hace un buen tiempo atrás la vida religiosa y sacerdotal parece querer ponerse en clave de radicalidad evangélica. Si el Concilio vaticano II invitaba a las diversas

congregaciones religiosas a volver a sus raíces fundacionales, hoy la llamada es aún más profunda, pues se trata de una urgencia por volver a Cristo, en quien se encuentran las raíces de nuestra consagración. No es por simple curiosidad sino por legítimo derecho a interrogarse, que nos preguntamos: “¿Cuándo y por qué fue que nos apartamos de esta radicalidad evangélica?” Cuando éramos novicios, o jóvenes en el seminario, jóvenes en todo el sentido de la palabra, mirábamos la vida religiosa y sacerdotal con mucho entusiasmo e ideal. Soñábamos y nos trazábamos grandes propósitos, queriendo ser en presencia de Dios esos grandes servidores consagrados que Él espera de cada uno de nosotros. Y así, soñando, nos sorprendió el día de nuestra primera profesión religiosa. Con el paso de los años algo quizás ha ido ocurriendo en nuestras vidas: la rutina, la dejadez, los errores cometidos, nuestras infidelidades o lo que fuera hicieron que nuestros sueños y proyectos perdieran altura. Quizás a muchos nos ha sucedido eso y casi sin darnos cuenta nos hemos ido alejando de Cristo, que es la raíz de nuestra vocación.

Y en este sentido, hemos de comprender que la radicalidad evangélica de la vida consagrada y sacerdotal no se puede limitar a la práctica de los consejos evangélicos o del celibato, no. Ella compromete todo nuestro ser, afectando a sus componentes vitales: el seguimiento de Cristo y la búsqueda de Dios, la vida fraterna (en comunidad, si somos religiosos) y la misión. El mismo Jesús afirmó esta radicalidad a lo largo de su ministerio profético, cuya expresión más explícita encontramos en el “Sermón de la montaña” (cf. *Mt.* 5-7). En otras palabras, la vida religiosa y sacerdotal se parece a una mesa de tres patas. La primera de ellas es la vida espiritual, que entre otras cosas comprende la radicalidad de nuestros consejos evangélicos o promesas sacerdotales y nuestra vida de oración. La segunda es nuestra fraternidad o vida comunitaria, donde Dios mismo nos regala hermanos a quienes amar. La tercera es la misión que desempeñamos en

medio de nuestros destinatarios. Alguna vez, escuchando una charla matrimonial, decía el ponente que cuando dos jóvenes contraen matrimonio prometen ser fieles y estar juntos siempre “en las buenas y en las malas”. Pero quizás inconscientemente sólo están pensando en las buenas, pues al llegar los momentos ingratos lo primero que piensan muchos es separarse cuanto antes. Pienso que algo semejante nos sucede cuando buscando responder a Dios hacemos nuestra profesión religiosa o nuestras promesas. Profesamos la vida espiritual, la fraternidad (en comunidad) y la misión, pero estamos pensando más en los consejos evangélicos y en la misión con nuestra gente, y menos en los otros aspectos que forman parte de nuestro ser consagrados. Y en esta postura el tiempo nos va pasando la cuenta.

Si queremos ser fieles a Cristo en modo radical, nuestra vida deberá ofrecer espacio “equilibrado y armónico” a la experiencia espiritual, a la fraternidad (en comunidad) y a la misión. La “gracia de unidad” entre estos aspectos de nuestra vocación es un desafío fundamental que hay que afrontar con seriedad y determinación. Una experiencia que nos hace discípulos de Cristo y buscadores de Dios.

Debemos cultivar cuidadosamente nuestra vida espiritual, sea a nivel personal como comunitario frente a dos terribles jinetes apocalípticos como son la superficialidad espiritual y una suerte de intimismo con Dios.

Al mismo tiempo tendremos que mejorar la calidad de la vida comunitaria o fraternidad, frente al peligro que encierran el individualismo, las relaciones funcionales y la yuxtaposición. Porque no se concibe la vida religiosa y sacerdotal sin aquella comunión que se concreta en la fraternidad y en la misión compartida. Una comunidad sin comunión, con todo lo que ésta comporta de acogida, aprecio y estima, ayuda mutua y amor, se reduce a un grupo donde se yuxta-

ponen las personas, pero dejándolas de hecho en el aislamiento. Por otra parte, en la vida religiosa la comunión sin comunidad es una forma narcisista de vivir la vida: el individualismo. Lo mismo sucede para la fraternidad en la vida sacerdotal.

La misión no consiste en el hacer cosas, sino esencialmente en el ser signos del amor de Dios en el mundo. Los fines específicos, en cambio, se identifican, especialmente en la vida consagrada apostólica, con la acción pastoral o promocional que los religiosos y sacerdotes desarrollan en diversos ámbitos de la vida. La radicalidad evangélica en la misión apostólica tiene sentido si se puede medir en el crecimiento de la caridad pastoral. Y esta misión, que es común, nos exige cuidado, para extirpar de nuestras costumbres el peligro del individualismo, del activismo y de la distancia con nuestros destinatarios.

3. Los desafíos a enfrentar

Esperamos hacer nuestra vida religiosa y sacerdotal más auténtica aún y, por lo tanto, visible, creíble y fecunda.

- Si creemos en nuestra vocación y la vivimos con convicción, entonces somos creíbles.
- La visibilidad no es principalmente el cuidado de la imagen, sino la belleza del testimonio de nuestra vocación.
- La fecundidad vocacional será consecuencia de la autenticidad de nuestra vida.

Desafíos culturales:

- El primer desafío es, sin duda, la posmodernidad, un fenómeno típicamente occidental.
- Un segundo desafío es la inculturación, caracterizada también por la creciente mentalidad intercultural.

- El tercer desafío se refiere al secularismo.

Desafíos eclesiales:

- La situación actual hace de la nueva evangelización una obligación misionera, no “una opción”.
- La Iglesia se encuentra “tentada por un ofuscamiento de esperanza” y vive el malestar en la vida consagrada.
- El pluralismo, que puede caer en el relativismo.

Desafíos institucionales:

- Considerando la formación inicial observamos una mayor debilidad en dos aspectos fundamentales: el discernimiento vocacional y el acompañamiento personal.
- Es evidente también la falta de asimilación de las líneas-guía de la Iglesia y de cada Congregación en particular para la pastoral.
- Observamos una debilidad de dirección y animación. Gobierno y animación no favorecen siempre el cambio de mentalidad.

Desafíos personales:

- Es necesario registrar algunas carencias en la vida del religioso y del sacerdote: el individualismo, el activismo, y la escasa capacidad de auto-formación.
- A menudo no existe conciencia de la identidad de nuestra vocación en cuanto hombres y mujeres consagrados.
- La lejanía afectiva y efectiva con la gente aumenta; frecuentemente ésta no es comprendida o percibida como nuestra única razón de ser.

- La dimensión afectiva del consagrado, que resulta escasamente apreciada; emociones, sentimientos y afectos son descuidados, e incluso ignorados.

Desafíos del mundo juvenil

- Hay en muchas congregaciones religiosas un fenómeno muy preocupante: una resistencia más o menos consciente, y quizá una incapacidad declarada en los hermanos para acercarse con simpatía, para iluminar con perspicacia, fruto del estudio, y para acoger cordialmente las nuevas formas de expresión que caracterizan a la gente de hoy.
- Es preciso habitar el mundo de nuestros destinatarios, hablando su lenguaje, poniéndonos a su lado no sólo como a nuestros destinatarios privilegiados, sino, sobre todo, como compañeros de viaje.

Otras dificultades:

Junto a numerosos aspectos positivos hay también algunas dificultades significativas:

- En casi todas las congregaciones religiosas el envejecimiento de los hermanos y hermanas, la escasez de vocaciones y la complejidad de las obras, hacen difícil la deseada renovación.
- En otras cuesta orientar la acción pastoral hacia la opción fundamental por los propios destinatarios.
- Perduran resistencias para encontrar espacios para la vida de comunidad o fraternidad y es difícil promover caminos eficaces de formación permanente.
- En varias partes aflora una falta de entusiasmo para vivir la propia vocación y se observa una débil animación por parte de otros hermanos..

4. El perfil del nuevo religioso y sacerdote

Surge la necesidad de trazar el perfil de nuevos religiosos y sacerdotes; hoy están llamados a ser:

- Un místico en el espíritu, con una profunda experiencia personal de Dios.
- Un profeta de la fraternidad, en un mundo marcado por el individualismo y la pérdida de la comunión fraterna.
- Un siervo: La vocación es llamada al servicio de la comunidad. A trabajar en la viña (*Mt 20, 5-7*) con la gente.

5. Cambiar la mentalidad

Esto no se alcanza de la noche a la mañana, supone procesos largos y serios en los que se precisa ir cambiando la mentalidad. Además, es muy importante hoy asegurar algunas condiciones como:

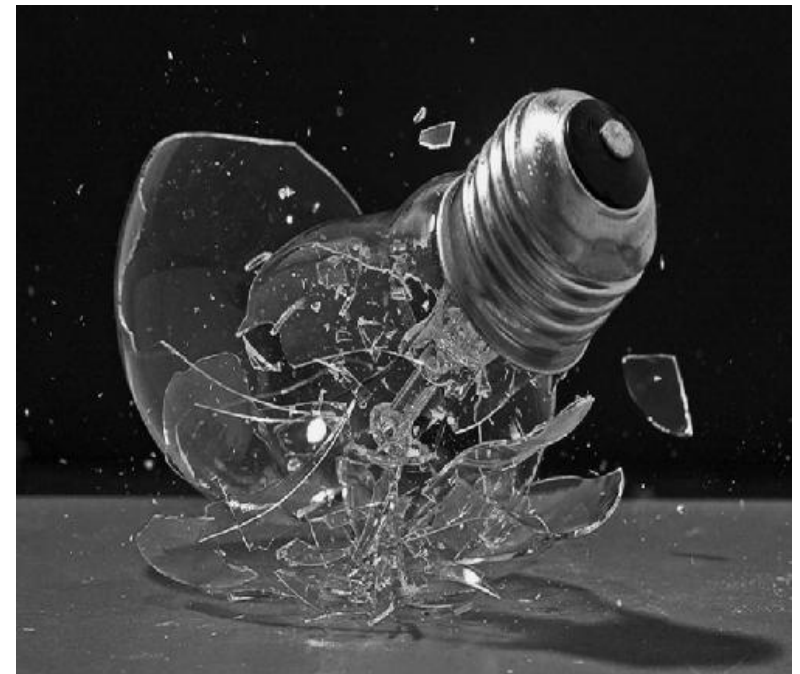
- Prestar atención a la cultura y a las culturas.
- Profundizar los desafíos eclesiales.
- Cuidar también el crecimiento de la cultura de cada congregación religiosa, especialmente lo referido a las exigencias formativas de un discernimiento vocacional serio y de un acompañamiento personal eficaz.
- Finalmente hay una mentalidad que convertir a nivel personal, con el fin de favorecer la superación de las diversas formas de individualismo, de profundizar la identidad de la vida consagrada y sacerdotal, de adquirir una madurez afectiva, sexual y emocional.

Más específicamente:

- Hay que cambiar el estilo y la organización de la vida de la comunidad: consistencia, simplificación, roles, etc.

- Hay que cambiar el modo de presencia y de ejercicio del cargo del superior en la comunidad: cualidad, preparación para el liderazgo, etc.
- Hay que cambiar el modo de gestión de los recursos de las personas; se debe reforzar la implicación y la valoración carismática de los recursos.

II. LA FRAGILIDAD DE LAS NUEVAS GENERACIONES



Deseo iniciar esta reflexión distinguiendo entre dos conceptos que si algo tienen en común es el hecho de ser propiedades de los cuerpos: fragilidad y flexibilidad. De ellas hacemos experiencia a diario.

La fragilidad es aquella propiedad por la cual un cuerpo puede romperse fácilmente. Una imagen concreta podemos encontrarla en el vidrio, que aunque hermoso y transparente, puede hacerse añicos al menor golpe. La flexibilidad, en cambio, es aquella propiedad por la que un cuerpo cualquiera puede flexionarse ante el influjo de una fuerza exterior o interior. Puede actuar como un verdadero mecanismo de defensa. El plástico, por ejemplo, es flexible, puede flexionarse hasta determinado punto, pero si la fuerza que provoca su flexión termina superando su capacidad de resistencia acabará quebrándolo. El vidrio es frágil y el plástico es flexible. En nuestra vida de consagrados hemos de parecer nos más al plástico que al vidrio, flexibles siempre, pero frágiles nunca. Nunca en nuestros años de formación nos han

inculcado ser frágiles, pero si nos han recomendado mucho ser flexibles cuando la ocasión lo amerita.

Hoy la vida religiosa y sacerdotal necesita personas que tengan mística y fuego en el corazón, sintiendo una profunda pasión por Dios y por los hermanos. Un ícono que puede ilustrar muy bien esta pasión por Dios lo descubrimos en el relato de la samaritana, en el evangelio de Juan, capítulo 4. Es bonito ver el camino espiritual recorrido por aquella mujer, que va al pozo a sacar agua, para atender una necesidad material. Y se encuentra con alguien que es la fuente del agua: "Si supieras a quien le diste de beber, tú le dirías: dame de beber". Y empieza un proceso, y se va convirtiendo, y le dice: "ve y dile a tu marido". Y le dice ella: "es que no tengo marido". "Tienes razón, es que has tenido cinco", o sea, tienes deseos insatisfechos. Y seguirá buscando. Y, finalmente, cuando lo reconoce se llena de alegría: va a evangelizar al pueblo y dice: "he encontrado al que buscaba". Así como la samaritana, no busquemos apagar la sed de la vida religiosa en otro tipo de cosas que no sea la experiencia de Dios. La vida religiosa hoy es una vida samaritana, de una fuerte experiencia de Dios y de una fuerte empatía con los hermanos. Hoy se nos pide tener tres características: hombre de una fuerte experiencia de Dios, de profundo sentimiento comunitario y de un profundo celo pastoral. Pero existe el gran peligro de la fragilidad, que afecta a los religiosos y sacerdotes jóvenes y a las generaciones jóvenes en general.

El tema de la fragilidad es un asunto muy serio y un enorme desafío para la vida religiosa, sacerdotal y matrimonial. Requiere de una reflexión seria y profunda, que nos ayude a estar alertas y a afrontarla con la debida disposición. Pretendo aquí presentar una exposición que sobre la materia hiciera Don Pascual Chávez, ex Rector Mayor de los salesianos y noveno sucesor de Don Bosco, a un grupo de salesia-

nos en España. Su contenido es muy sugerente y nos dejará más de un interrogante.

“Hace unos años, -decía Don Pascual Chávez- analizando el número tan alto de salidas de hermanos jóvenes y de sacerdotes, vimos que hubo un momento en que estábamos a la cabecera de la lista de sacerdotes que solicitaban la dispensa del celibato sacerdotal. Es un triste record, que unido a otros elementos, me hizo ver la necesidad de plantear en el Consejo General el tema de la fragilidad. El estudio se hizo con el asesoramiento de grandes especialistas de la pedagogía, de la formación y de la psicología, de nuestra Universidad y de otras universidades. Se habló con consejeros de formación de las grandes Congregaciones: jesuitas, dominicos, redentoristas, etc., tratando de ver qué elementos había en común y cómo lograr encontrar pistas de solución. Vimos que la preocupación por la fragilidad se manifestaba en tres niveles: afectaba a quienes están en formación; a quienes están viviendo ya los primeros pasos de autonomía, por haber terminado el ciclo de formación inicial; y también a los equipos de formadores. Podemos considerar la fragilidad vocacional en tres ámbitos de la persona humana: psicológico, moral y existencial.

1.- La fragilidad psicológica

Una primera fragilidad es naturalmente la psicológica, que se manifiesta en la dificultad de encajar en la propia existencia ciertas frustraciones, sin que quede hipotecado el proyecto de vida. Se constata que la vida está hecha de muchas cosas que esperamos alcanzar y no la logramos. Y esto significa que siempre son más las expectativas que las realizaciones; pero, en principio, no tendría que afectar de forma dramática a la existencia de una persona. ¿Qué está sucediendo, sin embargo, en este momento? Que basta que haya

una contrariedad o una pequeña frustración para poner en crisis todo un proyecto de vida.

Me sentí personalmente muy impactado por un acontecimiento reciente. Hace un año asistí a la ordenación de un sacerdote, acompañado por un jesuita. Parece que la Congregación tenía muchas expectativas sobre él. Pues bien, hace tres meses abandonó todo. Decidí entonces llamarle por teléfono, porque no puedo permanecer indiferente ante un hermano que se me va, porque ¡cuesta tanto tener una vocación! La vocación es un don de Dios y no puedo desentenderme, diciendo: “Si quiere irse, que se vaya”.

Sé que al final respetaré su decisión, pero al menos debo crearle un espacio para reflexionar: qué ha pasado, cómo es posible que en tan pocos meses haya dado un vuelco tan grande a su existencia, qué nuevas razones han aparecido para decir ahora lo contrario de lo que expresó cuando decidió solicitar su ordenación. Como les decía, esto me ha cuestionado profundamente. Y fue el jesuita quien me dijo: “Sé que Usted lo quiere mucho. Háblele, pero esto viene de lejos, y está ocurriendo cada vez más y más”.

¿Qué significa esto? Que existe una fragilidad psicológica. Y una fragilidad psicológica no se puede resolver con una palmada en el hombro, diciéndole: “¡Ánimo!”. Ni siquiera con insistentes exhortaciones. Hay que resolverla con la formación de personalidades robustas. Se necesita una personalidad robusta, porque la vida está hecha de muchas contrariedades y de muchas dificultades. Cuando le preguntaba a este joven sacerdote: “¿Qué es lo que te ha hecho daño, qué te ha hecho sentir tan mal? ¿Quizá la vida en comunidad? ¿O el trabajo con los chicos, que es cada día más difícil?”. Hubiera deseado ofrecerle otra cosa, porque la Congregación tiene otras opciones donde realizar la misión.

Ante estas cuestiones, me viene a la mente lo que ocurre en la naturaleza con el salmón y la trucha. Su comportamiento nos ofrece una enseñanza. El salmón, lo mismo que la trucha, para dar vida tiene que nadar a contracorriente. Si alguna vez han visitado un lugar de salmones, podrán ver cómo saltan ante una barrera que les opone resistencia. Ante la dificultad, el salmón no dice: “Vámonos de nuevo al mar”, porque sabe que no tendrá futuro, que no será fecundo. ¿Qué hace el salmón? Salta y se remonta hasta los orígenes, y es ahí donde tendrá fecundidad.

Aquí tenemos dos alternativas: o bajamos el listón para que todo el mundo salte o entrenamos realmente a nuestros hermanos para que salten a la altura que hoy exige la misión. Don Bosco definía esto con una palabra: formación espartana, que indica un grado de exigencia máxima. O sea que, si n en el tiempo de formación, en vez de dar lo más damos lo menos, ¿cuándo vamos a dar lo más, si en el momento en que más ilusión tenemos no lo damos?

Recuerdo que, cuando estaba estudiando la Teología, me decía a mí mismo: “¿Qué voy a aportar al sitio en que trabaje?”. Y me hacía esta pregunta después de ver cómo se habían salido todos mis profesores del teologado (no quedó ni uno). Es importante que cada uno se pregunte qué puede aportar a la misión que se le encomienda, qué tipo de hombre, qué tipo de sacerdote se necesita hoy. Y procurar efectivamente no vivir en la mediocridad, a todos los niveles: en la vida de comunidad y de oración, en el estudio y el apostolado. Decía Don Viganó que una recia formación intelectual no es garantía de fidelidad, pero da a la persona un cuadro de referencia más seguro y ofrece más garantías para resolver la crisis cuando venga y para hacer una pastoral de calidad.

No digamos: “Bueno, iremos saliendo, ya se verá si somos capaces de saltar la barrera, cuando llegue”. Les invito a darle robustez a sus vidas, robustez humana, robustez de

convicciones, robustez espiritual, y evitar lo que pueda debilitarla. Y una cosa que la puede debilitar, haciendo que pueda perder vigor y entusiasmo, es crear en la formación un ambiente artificial, y por ende, superficial.

¿Por qué artificial? Porque puede crear un ambiente en el que nuestras motivaciones están fuera de nosotros, y no dentro. La tensión vocacional no puede reducirse a una simple tensión psicológica; la tensión vocacional significa que me estoy preguntando qué quiero lograr y a qué me siento llamado por Dios.

La fragilidad psicológica sólo se puede contrarrestar con una formación capaz de construir recias personalidades, que crecen en la dificultad.

2.- La fragilidad moral

Hay un segundo factor de fragilidad, que denominamos relativismo ético o fragilidad moral. Consiste en no saber distinguir bien qué cosas no son compaginables, porque no puede ser lo mismo una cosa y su contraria. Se puede constatar que, a veces, sucede con las personas lo mismo que pasa con el bambú. ¿Han observado a las ramas de bambú cuando crecen? La rama de bambú tiene tal flexibilidad que, al ser agitada por el viento, puede moverse y girar hasta ciento ochenta grados, sin peligro de romperse.

Esto no suele pasar con las ramas de otros árboles, que se rompen apenas traspasan el límite de su elasticidad. A las personas nos puede pasar como al bambú: cuando en nuestra vida falta un cuadro objetivo de referencia, de valores y opciones, podemos vivir una cosa y su contraria, sin que esto nos ponga en crisis.

Un joven se desenvolvía muy bien con los chicos. Le hubiera dado el sí a su profesión en seguida. Pero me dice: “No logro integrar en mi vida personal lo que profeso, y vivo con ansiedad, porque entiendo que Dios me pide otra cosa”. O sea, este joven religioso tenía claro que había un límite de flexibilidad en su vida religiosa. Éste es uno de los elementos que nos está pidiendo el Papa Benedicto XVI. En este sentido comenta el texto del capítulo cuarto de la Carta a los Efesios: “No sean como niños llevados por el viento, al arbitrio de cualquier doctrina”. Por ejemplo, ante una falta de tipo moral, puede ocurrir que alguien quede preocupado, no por la falta en sí, sino por el hecho de que ésta llegue a conocerse. Esto significa que para ese alguien no existe el bien ni el mal objetivo. Es que no tiene claro el cuadro de referencia.

Entonces, ¿qué podemos hacer? ¿Cómo formar hoy al religioso? Tenemos que formarlo con un cuadro de referencia, que le permita organizar su vida en torno a las grandes opciones que hace. Y recurrimos otra vez a la naturaleza, al árbol de bambú. ¿Qué pasa si lo cortan por el centro? Verán que está hueco, no tiene nada dentro, le falta columna vertebral. Se mantiene por los anillos exteriores. Pues apliquemos esto a los religiosos. Si lo que nos mantiene como religiosos está fuera de nosotros, malo. Nuestra fidelidad no puede depender del grupo que nos rodea. La comunidad tiene que darme seguridad, pero mi vida religiosa no puede depender de la comunidad. ¿Cuál es nuestro credo, cuáles son nuestras convicciones no negociables, nuestros valores asumidos personalmente, que efectivamente se convierten en un “entramado” interior, en una columna vertebral, a diferencia del bambú que tiene fuera los anillos que lo sostienen por dentro?

Les planteo un segundo reto: ¿cómo resolver este relativismo moral de valores? A través de la asimilación personal de valores, del ahondamiento y profundización de las

motivaciones. Se trata de organizar, poco a poco, la vida en torno a un único proyecto. Don Bosco era un hombre lleno de las virtudes de su pueblo. Muy rico de los dones del Espíritu. Dicen que fundió cualidades naturales y dones de gracia en torno a un único proyecto, y este proyecto le dio una gran motivación y una gran energía, de manera que no tenía nada más que una causa por la cual vivir, los jóvenes, el bien de los jóvenes, la salvación de los jóvenes. Esto le dio en la práctica lo que estamos hablando, el centro de unidad interior, lo que Don Viganó llamaba la “gracia de la unidad”, por la que somos totalmente consagrados a Dios y totalmente entregados a los jóvenes, consagrados apóstoles, sin vivir fragmentados entre una cosa y otra.

3.- La fragilidad existencial

Un tercer factor de preocupación es la fragilidad existencial o la pérdida del sentido de la vida. Este factor ha tenido también sus expresiones muy trágicas en algún religioso que ha intentado quitarse la vida. Podemos entender la depresión y entender que llegue un momento en que realmente resulta difícil nuestra vida, pero ¿qué significa la pérdida del sentido de la vida? No se pierde el sentido así como así, de la noche a la mañana. Esto quiere decir que ha habido un desvanecimiento progresivo de todos los elementos que un día dieron razón de ser a lo que somos. Pero no hace falta pensar en un desenlace fatal. Puede haber pérdida de sentido, cuando alguien dice: “Yo ya no creo en nada; simplemente vivo y estoy aquí, pero no sé por qué estoy aquí”.

Un día invité al Superior General de una Congregación. Y durante la cena, hablamos de la situación de las vocaciones, y me decía que en una determinada parte del mundo, al menos la mitad de sus religiosos no tenían fe. Y entonces tomaron la decisión de no aceptar ningún nuevo ingreso. Parecían dar a entender que su Congregación estaba cerrando

do el ciclo vital. Confieso que en mi interior reaccioné indignado. No podía imaginar que pudiese perder el sentido de la existencia, hasta el punto de vivir la vida religiosa como supervivencia y no como profecía; como un estado de vida y no como un proyecto de vida, con dinamismo, con ideología, con ilusión, con entusiasmo.

¿Qué soluciones encontramos para estas situaciones? La única forma es tener motivaciones teológicas profundas. Las motivaciones sociológicas son buenas al inicio, pero insuficientes a largo plazo. Me explico, cuando tú le dices a un chico en América Latina que eres religioso para estar con los chicos de la calle, para estar con los indígenas, te responderá que para eso no hace falta ser religioso. Las razones sociológicas pueden ser un buen punto de partida. Pero luego, ¿cómo explicas los votos de obediencia, pobreza y castidad, por el trabajo con los indígenas, pobres y niños de la calle? ¿Cómo le explicas que el superior te pueda mandar aquí o allá? Las motivaciones sociológicas resultan insuficientes para descubrir lo que es el proyecto de Dios sobre mí. Tenemos el ejemplo de María. Ella tenía su proyecto, pero descubre que Dios tiene otro proyecto. Y acepta hacer lo que Dios quiere, en vez de lo que ella quería. Y es que las motivaciones personales, a veces egoístas, no pueden dar respuesta a todo lo que implica la vida religiosa. La única respuesta es saber que Dios cuenta conmigo y lo acepto. La vocación no es un hecho aislado del pasado, es una ruta en marcha. Dios llama una y otra vez, una y otra vez. Y no deja de llamarnos". Hasta aquí la profunda reflexión de Don Pascual Chávez.

4.- Consideraciones finales

Palabras sinceras salidas de la pluma de san Pablo expresan verdades profundas que brotan del corazón. Decía el Apóstol: "llevamos este tesoro en vasijas de barro" (1Co 4, 9). Si bien la afirmación apunta de manera directa a la gran-

diosidad del mensaje de salvación que como ministros de Dios hemos de ser portadores, podemos aplicarlas también al tesoro insigne de nuestra vocación. Porque la vocación que Dios nos regaló es un maravilloso tesoro, pero cada uno de nosotros es frágil como el barro, y si este barro se rompe puede echar a perder lo que hay en su interior.

La fragilidad psicológica puede afectar a cualquiera de nosotros, pero sin duda, es mucho más recurrente entre los hermanos más jóvenes. Alguna vez he sido testigo de hermanos que han tenido las maletas listas para irse por algún revés sufrido, sea con el Director de la comunidad, sea con algún otro hermano, sea con los mismos jóvenes. A veces la tentación de poner las manos en el arado y mirar hacia atrás se hace muy evidente en quienes viven extrañando lo que dejaron atrás en el mundo. Muy difícil nos resulta a veces asimilar en el proyecto personal las frustraciones, pequeñas o grandes, que son propias de la vida. Porque cuando elegimos entre dos bienes, podemos gozar del bien elegido, pero hemos de asumir la frustración de no gozar del bien que no pudimos escoger. La formación, pues, ha de ser exigente ya desde sus primeros años, evitando cualquier forma de superficialidad entre los jóvenes que tienen indicios de vocación, ya desde sus primeros años. Alguna vez Don Viganó (séptimo sucesor de Don Bosco), hablando a un grupo de jóvenes estudiantes de filosofía en la casa de formación, les señalaba la importancia de evitar cualquier expresión de superficialidad. Uno de ellos le preguntó qué entendía por superficialidad, y él, con una agilidad mental propia de su persona, respondió: "corcho". En efecto, un pedazo de corcho puesto dentro de una fuente con agua jamás tocará fondo, se mantendrá siempre en la superficie. Igual sucede con el salesiano superficial, condenado a vivir siempre de apariencias, pero incapaz de profundizar en las propias motivaciones.

También la fragilidad moral puede afectar a cualquiera de nosotros, pero es mucho más recurrente entre los hermanos de mediana edad. Quizás por lo rutinaria que se vuelve nuestra vida con el paso de los años, quizás porque ya nos hemos instalado en alguna estructura que nos hace sentirnos seguros y cómodos, quizás porque ya se han desvanecido muchos de nuestros sueños juveniles, sea por lo que fuera, el peligro del relativismo moral se hace presente y nos daña gravemente como la polilla, que corroe por dentro, aunque por fuera todo parecería estar bien. Lo más triste es que esta suerte de relativismo moral, donde los valores que profesamos desde jóvenes repentinamente dejamos de percibirlos como valores y entramos a vivir el anti valor, nos provoca una sensación agradable, que yo no incomoda la propia conciencia, al menos hasta el día en que somos descubiertos, pero quizás para entonces ya es demasiado tarde.

Y sobre la fragilidad existencial, es decir, sobre esa pérdida de sentido vocacional, muchas veces me he preguntado si acaso Dios por nuestros yerros nos quita en algún momento el don de la vocación. Responder a esta inquietud no es sencillo, pero pienso que la respuesta es un no rotundo. Dios no es mezquino como nosotros, cuando Él da lo hace a manos llenas y nunca retira su don. ¿Qué queremos decir, entonces, cuando decimos que hemos perdido la vocación? Mi memoria viaja en el tiempo y aterriza en aquel lejano año cuando iniciaba mi formación religiosa en el seminario. Era un día de retiro cuando invitamos a un joven ya salesiano, para que nos contara su experiencia vocacional. Se trataba de un joven muy alegre, simpático, inteligente y con muchas otras hermosas cualidades. Nos contó muy amablemente la historia de su vocación, se le veía muy realizado y feliz. Casi al terminar su testimonio muy convencido nos repitió tres veces: “Si algún día yo me retiro, no será por no tener vocación, sino porque la perdí”. Pasarían los años, él llegó a ser sacerdote y tiempo después también yo fui orde-

nado. Como es costumbre nuestra, pasé por algunas casas salesianas para presidir mis primeras Eucaristías, y desde luego, no podía no pasar por la casa de formación. En dicha casa residía este hermano, ya sacerdote, que años atrás nos diera su testimonio. Estando allí revestidos, para iniciar la celebración eucarística, recuerdo haberlo visto sombrío y cabizbajo, como lleno de angustia y desilusión. No me atreví a preguntarle qué le sucedía, sólo sé que meses después abandonó la Congregación. Nunca más he vuelto a ver a este antiguo hermano, pero si alguna vez ocurriera, me encantaría, sin dármele de juez, preguntarle qué sucedió. Porque siguiendo la lógica de su propio testimonio, se fue no por no tener vocación sino porque la perdió. ¿Qué le hizo perder la vocación a este joven tan agraciado por Dios? Tras reflexionar seriamente, pienso que “perder la vocación” equivale a decir que uno, habiendo recibido gratuitamente el don, empieza y termina por perderle sentido, y cuando se pierde el sentido se muere espiritualmente, ya no se puede seguir adelante. Dios nunca retira su don, pero nuestros errores terminan condenándonos.

Concluyo. La sabiduría popular ha estampado grandes verdades en pocas palabras maquilladas en recurrentes imágenes. Les llamamos dichos y refranes. Uno de ellos versa así: “Nadie diga, de esta agua no beberé”. Esta reflexión nos puede causar cierto escozor y hasta podría incomodarnos, pero no es para que nos condenemos los unos a los otros, sino para que estemos muy atentos y, conociendo nuestras fragilidades, cuidemos siempre el hermoso don de nuestra vocación.

NÚCLEO 2: Hacer experiencia de Dios y comunicarla a nuestros hermanos y a nuestros destinatarios

Estaba Juan con dos de sus discípulos. Al ver que Jesús pasaba, dijo: Este es el cordero de Dios." Al oír esto, los discípulos siguieron a Jesús. Jesús se vuelve y al ver que lo siguen les pregunta: "¿A quién buscan?". Le contestaron: "Maestro, ¿Dónde vives?". Jesús les dijo: "Vengan y vean". Fueron y vieron dónde vivía. Eran como las cuatro de la tarde; y se quedaron con Él el resto del día" (*Jn 1, 35-39*).

Juan presenta a Jesús a dos discípulos suyos y lo hace sirviéndose de una imagen figurada: el cordero de Dios. La imagen remite al sacrificio de los corderos en el Templo para la cena de Pascua. En el cuarto evangelio, en efecto, Jesús muere en la hora en que eran sacrificados los corderos que iban a ser comidos en la cena pascual.

La escena se hace después seguimiento de Jesús por parte de aquellos dos discípulos, en búsqueda del lugar donde el Señor vive. ¡Y sin embargo no se nos revela el lugar! A cambio, el autor ofrece una referencia de tiempo: serían las cuatro de la tarde. Cualquiera se ve sorprendido por el desenlace, por cuanto que en él se ofrece un dato que no se buscaba (el tiempo) y se oculta el dato que se buscaba (el lugar), con lo cual la curiosidad por conocer ese dato queda reforzada. ¿No será que el lugar al que el autor quiere referirse como morada de Jesús es la cruz? La cruz es la morada del Señor, porque es el lugar donde se

pone de manifiesto sin el menor resquicio de sombra el amor.

Hay quienes sostienen que no podemos hablar aquí de un relato de vocación ya que falta el elemento fundamental en este tipo de relatos: la iniciativa del que llama. En el relato de Juan, Jesús no es quien lleva la iniciativa, salvo en el versículo último; la iniciativa la llevan los dos discípulos del Bautista. Un día, seguro, vendrá el encuentro. No será un encuentro conceptual (las ideas solas no son suficientes) sino existencial. Y será una experiencia transformadora.

Cabe destacar que los discípulos buscaban. Qué importante es buscar en la vida: buscar el bien, buscar la verdad. Para ello Dios nos dio dos grandes facultades, inteligencia y voluntad. Qué triste es cuando dejamos de buscar. Consciente o inconscientemente buscamos a Dios en la vida, pero antes de hallarlo Él ya ha venido a nosotros y nos ha encontrado aunque no nos hayamos dado cuenta.

Jesús les ayudó en esta búsqueda, les dijo: "Vengan y vean". No les dio una clase de teología ni una catequesis sobre su persona, simplemente les invitó a estar con Él, a hacer experiencia y así encontrar por sí mismos la respuesta a su inquietud. Nunca hablamos mejor de alguna realidad como cuando hacemos experiencia de ella. Mucho tiempo después el discípulo escribirá: "De lo que hemos visto y oído damos testimonio".

Aquellos discípulos quedaron marcados con dicho encuentro, cuando Jesús cruzó inesperadamente por sus vidas. Si lo miramos bien, nuestra vida es un continuo cruce de caminos, algunos nos marcan y dejan huella imborrable, otros no. Tan marcado quedó aquel discípulo que ni siquiera olvidó la hora en que se produjo: "Eran como las cuatro de la tarde cuando por primera vez me encontré con el Señor y cambió mi vida", podrá testimoniar muchos años después.

Y como no puede ser de otro modo, la experiencia se comunica. Al día siguiente, quien ha visto dónde vive Jesús, encuentra por la calle a su hermano y le dice simplemente: "Hemos encontrado al Mesías", sin más matices.

En efecto, Andrés condujo hasta él a su hermano de la misma manera que, al día siguiente, Felipe llevó también a su amigo Natanael. Encontrar a Jesús es encontrar la perla y el tesoro (Mt 13, 44-46); pero con una diferencia sustancial: Jesús no es para mí sólo, en exclusiva, sino que su descubrimiento me empuja connaturalmente a llevar a los demás hacia la misma perla y el mismo tesoro. Encontrar al Mesías significaba encontrar lo que era más esperado por un israelita. El camino del discípulo conduce, pues, a dar a conocer al hermano lo que él ha hallado.

Aplicando estas reflexiones a nuestra vida. Por un lado, estamos llamados a hacer experiencia personal de Dios en lo cotidiano de la vida, en la fraternidad y en la misión a la que somos enviados. Pero ¿Hemos hecho ya experiencia personal de Cristo en nuestra vida de cada día? ¿Qué hora marcaba el reloj cuando ésta se produjo? ¿Nos hemos dejado hallar por Él? Por otro lado, es bueno interpelarnos: ¿De qué Cristo hablamos a nuestra gente hoy? ¿Del que hemos aprendido en los libros de teología o del que nos anima cada día en nuestra vida cristiana?

III. TESTIGOS DE LA RADICALIDAD EVANGÉLICA



Hoy la vida religiosa y sacerdotal está llamada a armarse de coraje evangélico para hacer un ejercicio honesto de auto mirada. El coraje evangélico consiste sobre todo en una fe radical y en una humildad profunda para hacer una sincera autocrítica, un sinceramiento de las situaciones por las que atraviesa, el análisis de sus causas y el señalamiento de las verdaderas soluciones.

Y a cada cierto tiempo la vida religiosa se pone en clave de Capítulo General, precisamente para discernir esta situación bajo la luz del Espíritu Santo. Las distintas congregaciones religiosas realizan estas Asambleas Generales, con cariño y entusiasmo, con espíritu de fe. Cuando ellas concluyen podemos decir que el camino recién se inicia y queda aún un largo sendero por recorrer. Los antiguos griegos distinguían entre juegos olímpicos y olimpiadas. Los juegos eran los certámenes deportivos que se realizaban a cada cierto tiempo en alguna ciudad. La olimpiada era el tiempo que

mediaba entre unos juegos olímpicos y los siguientes. En tal sentido, siguiendo la analogía, en la vida religiosa se realizan responsablemente los juegos olímpicos de los Capítulos Generales, pero permanece el desafío de vivir la olimpíada, que no tiene un tiempo determinado, pues abarca toda la vida de los religiosos. Y muchas veces ocurre que llega la realización de un nuevo Capítulo General y los religiosos se topan con la vaga sensación de haber llegado tarde.

Si los religiosos y sacerdotes queremos hoy recuperar nuestra capacidad de profecía, si queremos ser otra vez signos visibles, creíbles y fecundos, debemos empeñarnos por emprender un camino que nos ayude a místicos en el Espíritu, profetas de la fraternidad y siervos de nuestros destinatarios. Se trata de una urgencia, no de una opción.

1. Hombres y mujeres místicos en el Espíritu

Con una cota de optimismo, vemos el momento histórico actual como un lugar de encuentro con Dios y reconocemos el deseo de muchos hermanos, sacerdotes y religiosos, por dar el primado a Dios en la propia vida y alcanzar un encuentro personal con Él a través de su Palabra, de los sacramentos y los hermanos. Somos testigos de hermosos testimonios de hermanos fieles a su consagración por medio de los consejos evangélicos y/o promesas, entregados de lleno al servicio con los más pobres y necesitados. A Dios gracias, hay tantos hermanos, jóvenes y mayores, en actividad o enfermos, que testimonian la fascinación de la búsqueda de Dios y la radicalidad evangélica, vivida con alegría y fidelidad. La lectio divina, el compartir la Palabra y el proyecto personal de vida ayudan a muchos sacerdotes y religiosos en esta noble empresa.

Con todo, no se puede cerrar los ojos a las sombras que envuelven nuestro camino y que se expresan en ciertas debilidades presentes en nuestra vida consagrada. Entre ellas, la disminución de la visibilidad y credibilidad de nuestra vida religiosa, el temor de hablar sobre Dios, la celebración poco significativa de la Eucaristía y el progresivo desplazamiento de la oración personal. Así también, la carencia de una suficiente puesta al día, la falta de un guía espiritual y una formación no siempre bien enfocada, conducen a muchos hermanos nuestros a una especie de autosuficiencia de frente a Dios y a olvidar que Cristo es el centro de nuestras vidas. Hemos de reconocer en nosotros, sacerdotes y religiosos, a menudo, la falta de respuesta a la búsqueda de experiencia de Dios. En general, a veces nos presentamos más como profesionales de la educación y del trabajo social, que como maestros espirituales capaces de conducir a nuestra gente a Dios. A veces nos identificamos tanto con este mundo, que ya no ofrecemos un sentido de trascendencia, de experiencia de Dios. Son varios los hermanos que ante el multiplicarse de actividades experimentan un sentido de estancamiento, tensión, fragmentación e ineficiencia.

Una lectura atenta a esta sintomatología nos señala que se ha oscurecido en nosotros la visión de fe: no creemos que el Señor viene a nuestro encuentro en la vida y en tantos medios espirituales que nos debieran ayudar a hacer experiencia personal de Él, y tampoco creemos en la fecundidad de nuestra consagración religiosa o sacerdotal. Sin una experiencia de Dios y un encuentro personal con Jesucristo, los religiosos y sacerdotes acabamos siendo grandes trabajadores de una especie de ONG eclesial, efectivos en el trabajo,

pero pobres en su esencia. Y ésta es una oscuridad muy profunda que acusamos hoy.

2. Hombres y mujeres profetas de fraternidad

Desde hace varios años atrás ha venido creciendo en nosotros el empeño por vivir de manera más auténtica la vida comunitaria y las relaciones fraternas, con una mejor animación de los momentos de oración comunitaria, con un esfuerzo por crecer en corresponsabilidad y por emprender un trabajo apostólico más cualificado y participado. Aumentan en muchas comunidades religiosas las instancias de encuentro sistemático con mayor calidad: el día de la comunidad, la propuesta formativa anual, la lectio divina, el compartir espiritual, los momentos de fiesta y distensión. Así también, poco a poco se va dando mayor relevancia al proyecto de vida comunitario.

Pero no podemos ignorar ciertas influencias negativas del ambiente, que se respiran fuertemente en la vida en comunidad. A veces abandonamos maneras de pensar propias del Evangelio para asumir categorías negativas de la cultura odierna. Llevados por un falso respeto humano somos indiferentes a la corrección fraterna y hasta hacemos públicas informaciones reservadas. Muchos, a raíz del aburguesamiento y del activismo, encuentran los momentos comunitarios y de convivencia fraterna como tiempos robados a la esfera privada y a la misión. Encontramos también dificultad para acoger y cuidar de los hermanos que viven situaciones de fragilidad, ancianidad y enfermedad. Muchos hermanos que desempeñan funciones de animación y gobierno no asumen su rol de liderazgo espiritual o no cuentan con una adecuada colaboración de parte de los otros hermanos. No son pocos

los sacerdotes y religiosos que acusan soledad a causa de relaciones comunitarias meramente formales, fragmentadas y poco significativas.

Una lectura atenta a esta situación nos señala que hemos perdido fe en la mística de la fraternidad, en el hacer experiencia personal de Dios en los hermanos que viven con nosotros y comparten la misma misión. Esto va de la mano con el individualismo y la reticencia personal, la preocupación excesiva en las propias responsabilidades, y el inmovilismo, que impide una adecuada renovación comunitaria. No es casualidad que dediquemos demasiadas horas a ver televisión mientras nuestras conversaciones con los hermanos no trascienden el plano de la superficialidad. Con frecuencia nos dejamos llevar por el consumo y las ofertas materialistas que terminan mundanizándonos y haciéndonos perder nuestra identidad vocacional.

3. Hombres y mujeres servidores de nuestra gente

En el plano de la misión en medio de nuestra gente, constatamos que existe mayor conciencia para la elaboración de proyectos educativo-pastorales. Progresivamente vamos reconociendo la importancia de trabajar juntos y de manera corresponsable para un mejor servicio a la misión. Va creciendo también el protagonismo laical, y progresivamente superamos reticencias para trabajar en modo corresponsable con los laicos. Va creciendo la conciencia de ser familias religiosas y la importancia del trabajo conjunto entre las distintas ramas de cada familia cual único movimiento carismático. También en muchas parroquias y obras religiosas se va consolidando la pastoral familiar cual frente apostólico

emergente y en estricta unión con la pastoral juvenil. Existen esfuerzos por dirigir el servicio pastoral hacia los sectores más pobres, en situación de riesgo y en las nuevas periferias existenciales.

Sin embargo, hemos de reconocer aún la débil conciencia de las funciones de la comunidad educativo-pastoral, tanto que en muchos provoca fatiga sentirse parte activa de dicha comunidad y reconocerse sujeto de la misión. Quizás nuestros proyectos educativos pastorales no trascienden el plano de las actividades, carentes de una reflexión compartida sobre objetivos, prioridades, procesos y evaluaciones serias. Hay hermanos que dan la espalda al sentido de corresponsabilidad y privilegian campos de acción personal. En algunos lugares y contextos aún es débil la formación conjunta y sistemática de sacerdotes y religiosos con los laicos. Determinados sectores juveniles carecen de un adecuado acompañamiento espiritual y vocacional y con ellos se va agrandando una velada distancia cultural. Sentimos de no estar presentes en modo significativo en los ambientes de las nuevas tecnologías de información y comunicación ni en el mundo digital. En algunos lugares no es aún clara nuestra opción pastoral por los sectores más pobres y los religiosos a menudo estamos más preocupados por sostener económicamente nuestras estructuras tradicionales.

En sintonía con las lecturas anteriores, hemos de reconocer en nuestra vida el opacamiento de la visión de fe para hacer experiencia personal de Dios en los destinatarios a quienes somos enviados. Hay sacerdotes y religiosos abiertos a la renovación y al cambio que exigen estos nuevos tiempos de la vida religiosa, pero otros están instalados en su

modus vivendi y no son capaces de cambiar su estilo de vida y responder a las nuevas exigencias de la gente de nuestro tiempo.

4. El camino a seguir

Hoy los religiosos y sacerdotes estamos llamados a testimoniar la radicalidad evangélica a través de la continua conversión espiritual, fraterna y pastoral. Esto implica vivir el primado de Dios en la contemplación de lo cotidiano y en el seguimiento de Cristo. Implica también construir comunidades auténticas según el espíritu de familia. Y exige ponerse en modo más significativo al servicio de los destinatarios en la labor pastoral.

Hoy, como sacerdotes y religiosos místicos, requerimos una fuerte visión de fe para descubrir al Dios de la alegría en los sucesos de la vida y de la historia, pasando de una espiritualidad fragmentada a una espiritualidad unificante y a la humilde y permanente escucha de la palabra de Dios, de los hermanos y de la gente en general Por tal motivo:

- Vivamos cotidianamente la Eucaristía como fuente de fecundidad apostólica y celebremos con frecuencia el sacramento de la reconciliación como expresión de nuestra continua conversión personal.
- Cultivemos la oración personal en contacto diario con la palabra de Dios.
- Practiquemos cotidianamente la meditación.
- Cuidemos la calidad de la oración comunitaria.
- Vivamos con alegría y autenticidad la gracia de la consagración.

- Redefinamos y asumamos el proyecto personal de vida.
- Tengamos un guía espiritual estable.
- Leamos y meditemos constantemente las Constituciones de nuestra congregación religiosa.
- Cultivemos la *lectio divina* y compartamos momentos de espiritualidad a partir de la palabra de Dios.
- Favorezcamos la armonía entre trabajo y oración.
- Cultivemos un estilo de vida visiblemente pobre, eliminando lo superfluo y estando disponibles a los servicios domésticos y comunitarios.
- Cultivemos la solidaridad con aquellos que se encuentran en necesidad, con los pobres y entre las diferentes casas religiosas.
- Activemos procedimientos, también trámite auditorías, que garanticen la transparencia y la profesionalidad en la gestión de los bienes y de las obras.
- Activemos iniciativas de formación conjunta entre religiosos, sacerdotes y laicos.

Como sacerdotes y religiosos profetas de la fraternidad necesitamos vivir relaciones de comunión profunda, cultivando la corrección fraterna y la reconciliación. Para tal fin:

- Redefinamos y asumamos el proyecto de vida comunitaria.
- Cultivemos el diálogo en comunidad.
- Cultivemos la fraternidad con el personal que trabaja en nuestras obras, evitando con ellos actitudes autoritarias.

- Vayamos al encuentro de las necesidades de los hermanos enfermos y ancianos.
- Aseguremos la consistencia cualitativa y cuantitativa de las comunidades religiosas.
- Favorezcamos instancias de apoyo para hermanos en dificultad.
- Relancemos propuestas para la formación de los hermanos que realizan cargos de dirección y animación.
- Corresponsabilicemos a cada hermano y hermana en la animación de la comunidad.

Como sacerdotes y religiosos servidores de nuestra gente, requerimos hoy promover a nuestros destinatarios como corresponsables de la misión, para lo cual hemos de cultivar la mentalidad de proyecto, favorecer nuestra presencia activa y entusiasta en medio de nuestra gente y emprender una pastoral de salida, orgánica e integral, y no sólo de actividades, según las necesidades del momento. Por tal motivo:

- Redefinamos y asumamos el proyecto educativo pastoral de la obra (diócesis, parroquia, obra religiosa, etc.).
- Favorezcamos la sinergia con las diversas familias religiosas de la diócesis.
- Integremos la pastoral familiar en nuestros proyectos educativo pastorales.
- Trabajemos en red y unamos esfuerzos con la Iglesia local y otras familias religiosas.

- Organicemos una pastoral orgánica e integral y no sólo de actividades.
- Verifiquemos la significatividad de nuestra presencia entre los más pobres.
- Eduquemos a los jóvenes a la dimensión sociopolítica de la evangelización y a ser protagonistas de la transformación social.
- Eduquemos a los jóvenes a la responsabilidad ecológica.
- Desarrollemos en nuestras obras la cultura vocacional y el cuidado de las vocaciones a la vida religiosa y sacerdotal, cultivando el acompañamiento y la dirección espiritual.
- Ingreseemos en modo significativo en el mundo digital, habitado particularmente por los jóvenes.

No pretendamos que las cosas cambien, si siempre hacemos lo mismo. La crisis es la mejor bendición que puede suceder a personas y grupos humanos, porque la crisis una vez superada trae progresos significativos. En realidad, y si lo miramos muy profundamente, la ausencia de pobreza evangélica es la raíz de los problemas actuales que vive la vida religiosa y sacerdotal: individualismo, falta de sentido, falta de relevancia en la Iglesia y en la sociedad, escaso valor testimonial, débil capacidad de convocatoria.

Sobre esta base, permítanme finalizar con dos reflexiones. La primera gira en torno a las tareas inmediatas y concretas que debemos realizar, sea a nivel personal, comunitario, provincial, diocesano, etc. Hablar de “camino” significa precisar ciertos aspectos que debemos mejorar y poten-

ciar, pero ordinariamente no se nos dice el cómo hacerlo, pues no existen recetas concretas para esto. Esa tarea la debemos emprender en los tres planos anteriormente señalados. Esto implica cuestionarnos conjuntamente, aportar iniciativas, tomar decisiones y ejecutarlas oportunamente, de lo contrario cualquier reflexión será estéril y los papeles escritos sumarán nuevos textos destinados a engrosar la colección de libros olvidados en la biblioteca. Sólo por poner un ejemplo, en general, los religiosos y sacerdotes rezamos, personalmente y en comunidad, pero hay que revisar cómo es nuestra oración, cómo la vivimos, para que esté comprometida con el mundo de nuestros destinatarios. Recitar simplemente los salmos, sin una actitud previa de discernimiento e implicación personal y eclesial, puede ser un ejercicio realmente estéril que ni siquiera consigue acercarnos a Jesús. Necesitamos discernir cómo dar mayor calidad a nuestra oración personal y comunitaria y tomar y asumir las decisiones oportunas.

La segunda reflexión versa sobre una actitud que debe ser perenne en cada uno de nosotros. La letra de una antigua canción religiosa señala que el amor tiene tres cosas que no se deben olvidar: que Dios nos amó primero, que hay que darse por entero, y ponerse a caminar. Hago hincapié en esto último. Ponerse en camino es una imagen recurrente en la Sagrada Escritura. Por ejemplo, María, habiendo recibido el anuncio del Ángel, se puso en camino y fue a la casa de su prima Isabel; los pastores, habiendo sido comunicados por los ángeles, se pusieron en camino y fueron corriendo para ver al Niño en el pesebre; los discípulos misioneros, habiendo sido enviados por Jesús, se pusieron en camino para anunciar

el reinado de Dios. Y así, los ejemplos abundan. Es muy importante en la vida ponerse en camino. Es muy importante que nosotros, religiosos y sacerdotes, nos pongamos en camino hoy, acogiendo según el propio carisma las iniciativas que nos acerquen más y mejor a nuestra radicalidad evangélica, a fin de encontrarnos y seguir a Jesús, porque Él es el camino y no hay otro.

IV. DON BOSCO, UN MÍSTICO ENTRE LOS JÓVENES



Que la vida religiosa y sacerdotal atraviesa hoy serias dificultades nadie lo duda. Las razones pueden ser múltiples y variadas, pero sin duda, aterrizarán en un aspecto que no puede permanecer desapercibido a nuestros ojos: hoy los sacerdotes y religiosos parecemos haber perdido el misticismo que por opción personal nos debe ser propio. Recuperarlo no es ya una opción sino una urgente necesidad. Quisiera en esta reflexión presentar un modelo de experiencia mística en lo cotidianos de la vida. Modelos los hay a montones, ciertamente, pero hablaré de San Juan Bosco por ser quizás el modelo a quien mejor conozco.

1. Experiencia de Dios sí, excentricidades no

Nos preguntamos: ¿Quién es el místico? El término parece haber perdido valor en el lenguaje común e incluso entre los mismos sacerdotes y religiosos. Lo primero que podríamos poner a consideración es que no hay que confundir místico con “misticoide”, si se nos permite usar este término. Llamamos misticoide a aquel que hace cosas extrañas para llamar la atención en el plano espiritual. Es común a veces observar a ciertos religiosos caer en excentricidades buscando un supuesto bien espiritual. Del joven santo Domingo Savio suele contarse que hacía cosas extrañas para ser más santo, sometiendo su débil cuerpo a duras mortificaciones. Un día Don Bosco lo descubrió y le llamó la atención. Le propuso otro camino más acorde a su edad y condición para crecer en santidad.

Lo segundo que nos parece oportuno tener en cuenta es que al hablar de misticismo no nos referimos tampoco al hecho de alcanzar en esta vida el grado más alto de la contemplación, aquel estado que solemos llamar éxtasis y que no muchos han podido experimentar. También del mismo Domingo Savio se dice que alguna vez se extasió en su contemplación y alcanzó a elevarse algunos centímetros sobre el suelo. En la vida eterna contemplaremos a Dios cara a cara, pero en esta vida terrenal lo más seguro es que no alcancemos aún el grado extático de la contemplación.

Místico, en su sentido etimológico, refiere a aquel que se inicia en el conocimiento de Dios. Dos cosas hay que precisar al respecto: primero, quien se inicia puede penetrar más y seguir creciendo de manera progresiva, en un dinamismo que nunca termina, ni siquiera con la muerte, pues

Dios es infinito; segundo, por conocimiento entendemos “hacer experiencia”, y la experiencia es un término englobante, abarca a toda la persona: la inteligencia, la voluntad, los sentimientos y emociones, las acciones, la historia personal, todo. Y en tal sentido, es una auténtica respuesta de fe.

2. El misticismo de Don Bosco

Visto así, entendemos que Don Bosco fue un místico a carta cabal, pero puesto que en cada hombre santo este carácter adquiere ribetes propios y originales, nos preguntamos hoy en qué consistió concretamente el misticismo de este gran santo del siglo XIX. Tenemos claro que el suyo no fue el misticismo de San Juan de La Cruz ni el de Santa Teresa de Ávila ni de Santa Rosa de Lima. Mucho se ha escrito al respecto y no es mi interés entrar aquí en una discusión sobre el tema sino más bien simplificar para una mejor comprensión.

Ya las Constituciones salesianas lo expresan adecuadamente en el artículo 21, cuyo tenor expresa a continuación: “El Señor nos ha dado a Don Bosco como padre y maestro. Lo estudiamos e imitamos admirando en él una espléndida armonía entre naturaleza y gracia. Profundamente humano y rico en las virtudes de su pueblo, estaba abierto a las realidades terrenas; profundamente hombre de Dios y lleno de los dones del Espíritu Santo, vivía como si viera al invisible”.

Dicho de manera sintética, la personalidad de Don Bosco fue “una espléndida armonía entre naturaleza y gracia”. Es preciso, ante todo, captar la fuerza del adjetivo “es-

pléndido”, porque no se trata de una armonía modesta, normal, que se confunde en lo común. Es algo que impresiona fuertemente, como un panorama extraordinario, un cuadro particularmente logrado, una música vibrante. Los santos, por su modo original de ser, no pueden pasar desapercibidos, la gente ve en ellos algo que no ven en el común de las personas. No son pocos los estudiosos que se han expresado en el mismo sentido, acogiendo testimonios de quienes tuvieron la gracia de verse de cerca con esta figura, en una larga visión, en una prolongada conversación: una magnífica figura que lograba esconder su inmensa e insondable humildad; una figura muy superior y arrebatadora; una figura completa, una de esas almas que, en cualquier camino que hubiere emprendido, habría dejado firmes huellas de su paso, dado lo magníficamente que estaba dotado para la vida.

Nuestra finalidad no es tejer un elogio o panegírico, sino descubrir el tipo de persona y de espiritualidad de este gran hombre: armonía entre instinto profundo de vida y apertura a Dios, pasión por todo cuanto es humano y profundidad espiritual. Acuerdo o armonía, dice más que unidad. Ésta se obtiene a veces uniendo las partes, a veces sacrificando aspectos. Armonía dice plenitud, tanto así que su naturaleza humana, tierna y afectuosa, sensible a la amistad, fue el signo transparente de la experiencia de Dios. Ésta, a su vez, produjo una finura cada vez mayor de humanidad.

3. Haciendo experiencia de Dios en la vida personal

“Como Elías en su tiempo”. Éste es el título que le va a la medida. El santo es el hombre en el que lo natural toca lo sobrenatural y lo sobrenatural está presente en Don Bosco

en medida notable. La tradición salesiana lo rememora con esta bella imagen: "Profundamente Hombre de Dios y lleno de los dones del Espíritu Santo, vivía como si viera al Invisible". Con ello queda apuntado el misterio personal de Don Bosco, la raíz última de su actividad prodigiosa, y la mejor definición de su sorprendente santidad: lo humano no había desaparecido absorbido por lo divino, más bien había conservado su peso específico y su autonomía relativa.

¿Dónde aprendió este gran santo a hacer experiencia de Dios? La respuesta cae por su mismo peso: en su vida personal, pues no existe otro lugar teológico para que el ser humano haga esta experiencia. Quizás sea bueno marcar aquí algunos hitos de esta historia tan llena de Dios.

Ya desde muy niño Juan Bosco aprendió a reconocer la presencia de Dios en la belleza de la creación. Cuentan los biógrafos que su madre Margarita solía sacarle por la noche a contemplar las estrellas. “Mira, le decía, contempla las estrellas, qué hermosas son. Dios las ha creado con cariño para ti”. Y algo similar ocurría y le inculcaba por las mañanas cuando le llevaba a pasear por el campo a contemplar la hermosura de las flores. También desde muy pequeño, por obra de su madre, fue aprendiendo el niño a encontrar a Dios en la intimidad del corazón. El famoso “Dios te ve” con que la buena madre le inculcaba a hacer siempre el bien y nunca el mal no parece indicar la imagen del ojo de Dios que todo lo vigila, sino más bien parece estar en sintonía con la teología de los padres griegos, para quienes Dios ha impreso su bella imagen divina en el corazón del mismo hombre. Dios nos mira desde dentro, no desde fuera.

El niño crecía y fue desarrollando la capacidad de descubrir la presencia de Dios en su propia historia personal. Sobre este punto, recuerdo que un antiguo profesor de teología nos advertía que para estudiar satisfactoriamente el misterio de Dios debíamos cultivar la actitud de los rumiantes, que poco a poco digieren su alimento. Así también, poco a poco se digiere el saber teológico. Y lo mismo, pienso, puede decirse de la propia vida, en la que poco a poco vamos advirtiendo que no caminamos solos sino que Dios camina con nosotros. Cuentan que durante la consagración del templo del Sagrado Corazón de Jesús, en Roma, el anciano sacerdote Juan Bosco interrumpió varias veces la celebración, entre lágrimas y sollozos. Cuando le interrogaron del por qué de tantas lágrimas, más o menos respondió lo siguiente: "Lloraba porque me distraía. Recordaba aquel lejano sueño de mi niñez, cuando le pedía a aquella señora majestuosa que me hablara de manera más sencilla, para que pudiera comprender. Ella me respondió que a su debido tiempo lo comprendería todo. Y ahora que soy un anciano, que sé que no me quedan muchos años más de vida, pienso que recién empiezo a comprender". La sabiduría divina permite que el misterio de nuestra vocación no lo comprendamos de una sola vez, sino de manera progresiva, con la sabiduría del paso a paso, pues conocerlo de un solo golpe nos podría llenar de temor. Es bueno que aprendamos esto, sobre todo en los momentos difíciles, cuando todo parece nublarse en nuestra vida. No caminamos solos, Dios camina con nosotros y nos permite comprender lo que nos sucede hoy, pero a su debido tiempo.

Y el niño continuó creciendo, y llegó a ser sacerdote, y aprendió a encontrarse con Dios en sus destinatarios, los jóvenes. Paradigmática me parece aquella respuesta que diera a la Marquesa Barolo cuando ésta le conminó a tomar una opción. La buena dama había abierto un refugio para jovencitas de la calle y había contratado al santo sacerdote para que les hiciera de capellán, con un sueldo y con el permiso para llevar a sus chicos a jugar en los patios de la casa. Pero los problemas entre chicos y chicas no tardaron en llegar, y la Marquesa indignada le urgió a tomar una decisión: o a quedarse a trabajar con las señoritas del albergue o retirarse inmediatamente con sus jóvenes. La respuesta del santo no pudo ser más sincera: "Para sus jovencitas siempre encontrará a alguien que quiera ocuparse de ellas, pero nadie querrá ocuparse de estos chicos mal vestidos y agresivos. Yo me voy con ellos". El santo hizo una auténtica opción preferencial por los jóvenes más pobres y abandonados, y por ellos prometió darles hasta su último aliento de vida cuando supo que ellos habían orado en vigilia toda la noche, pidiendo por su salud cuando la muerte parecía tocar las puertas. Y en esos jóvenes desaliñados, con rostro concreto, con nombre y apellido, aprendió a dejarse encontrar por Dios y experimentarlo. Y es que don Bosco vivía bajo esta presión divina, que caracteriza la vida de todo enviado, de todo profeta, una tensión que lo obliga a ponerse al servicio de los jóvenes, "Hasta que me quede un aliento de vida". Escribe Don Pascual Chávez, antiguo Rector Mayor de los salesianos: "Como todos los grandes santos fundadores, Don Bosco vivió la vida cristiana con una ardiente caridad y contempló al Señor Jesús desde una perspectiva particular, la del carisma que Dios le confió, la misión juvenil. La caridad salesiana es caridad

pastoral, porque busca la salvación de las almas, y es caridad educativa, porque encuentra en la educación el recurso que permite ayudar a los jóvenes a expandir todas sus energías de bien; de este modo los jóvenes pueden crecer como honrados ciudadanos, buenos cristianos y futuros habitantes del cielo”.

El trabajo, unido a la oración, fue otro de los lugares concretos donde esta experiencia se hizo más fuerte. Se sabe que durante su proceso de canonización se puso como objeción un posible activismo en la vida del santo turinés, para quien los momentos de oración profunda habrían sido muy escasos y limitados. Y se dice que fue el mismo Papa quien dio respuesta a la objeción: “Al contrario, yo preguntaría cuándo no oraba Don Bosco, si todo cuanto hacía y emprendía era una auténtica oración que se elevaba hacia Dios”. Don Bosco, dotado de un temperamento práctico, y con el realismo innato en la gente del campo, estaba inclinado naturalmente a la actividad, y verdaderamente sería difícil encontrar a otro santo que en la medida de Don Bosco, haya conjugado y hecho conjugarse el verbo trabajar. Trabajar incansablemente era para él su forma de colaborar con Dios en la salvación de los jóvenes. Sintió profundamente que era la tarea de su vida: "El Señor me ha enviado a los jóvenes y es preciso que no me gaste en otras cosas", dejó escrito.

4. Su secreto, la profunda unión con Dios en lo cotidiano

El secreto de todo este trabajo, sorprendente de la extraordinaria expansión y del grandioso éxito, está precisamente en aquella continua unión con Dios, jamás interrumpida,

que convirtió su vida, en una oración continuada. Don Bosco sabía estar delante de Dios, cuando se encontraba rodeado de jóvenes, y supo encontrar a Dios entre los jóvenes a los que había sido destinado. Místico activo, captó y experimentó a Dios. Lo mismo en momentos de oración, como en la práctica apostólica, tocó y sintió a Dios mientras actuaba su proyecto de salvación de jóvenes. Juan Pablo II, hoy declarado santo, decía que "es en lo cotidiano que Dios nos llama a alcanzar la madurez de la vida espiritual, que consiste cabalmente en vivir en forma extraordinaria las cosas ordinarias". Se debe afirmar que Don Bosco es un ejemplo perfecto de esta afirmación Papal. Tuvo, en efecto, esa rara capacidad de "descubrir a Dios en la realidad cotidiana", hasta el punto de vivir constantemente en una profunda unión con el Padre, y transformarse en un verdadero contemplativo en la acción. “Un hombre con los pies en la tierra y la mirada en el cielo”, ésta era la Impresión de cuantos lo conocieron, a quienes sorprendía ver un hombre atento a cuanto acontecía a su alrededor, e inmenso al mismo tiempo, y sin aparente dificultad, en Dios.

Decía Don Orione en 1934, año en que el santo fue canonizado: “Ahora les diré la razón, el motivo, la causa por la que Don Bosco se hizo santo. Don Bosco se hizo santo porque nutrió su vida de Dios, porque nutrió nuestra vida de Dios. En su escuela aprendí que aquel santo no nos llenaba la cabeza con tonterías u otras cosas, sino que nos nutría de Dios, y se alimentaba a sí mismo de Dios, del espíritu de Dios. Como la madre se nutre a sí misma para nutrir después a su hijito, así Don Bosco se nutrió a sí mismo de Dios, para nutrirnos de Dios también a nosotros. Por eso, los que

conocieron al Santo, y tuvieron la gracia insigne de crecer junto a él, de oír su palabra, de acercarse a él, de vivir de algún modo la vida del santo, recibieron con aquel contacto algo que no es terreno, que no es humano; algo que nutría su vida de santo. Y él además todo lo orientaba al cielo, todo lo orientaba a Dios y de todo tomaba motivo para elevar nuestras almas hacia el cielo, para dirigir nuestros pasos hacia el cielo”.

Acudiendo a su experiencia personal, Pio XI, el Papa que lo declaró Santo y que lo había visitado en Turín cuando era un joven sacerdote, exclamó: "Allí había gente venida de todo el mundo, de Europa, de la China, de la India. Inmediatamente, como si fuera cosa de un momento, oía a todos y comprendía a todos. Y siempre con el mismo y profundo recogimiento, podría decirse que no prestaba atención a cuanto sucedía, parecía que su pensamiento estuviera en otra parte, estaba con Dios".

Para describir el elemento esencial de la santidad de Don Bosco, los salesianos han recurrido felizmente a una expresión bíblica, es decir, dejaron que fuera la misma palabra de Dios la encargada de definir la actuación de Dios en Don Bosco santo. Según sus hijos, en una vida cargada de afanes, Don Bosco hizo experiencia de Dios, porque "vivió como si viera al Invisible". Difícilmente podría haberse encontrado una forma más feliz de describir la originalidad de la santidad de Don Bosco, y en ella radica, sin duda, su sorprendente actualidad.

A la unión con Dios, real y no solo psicológica, están invitados todos los cristianos. Unión con Dios es vivir la propia vida en Dios y en su presencia; es vida divina que está en nosotros por participación; es ejercicio de la fe, esperanza y caridad, a las que siguen necesariamente las virtudes infusas, las virtudes morales, etc. Don Bosco da vigor evangélico a sus vivencias, hace de la transmisión de la fe en Dios la razón de su propia vida, según la lógica de las virtudes teologales: con una fe que se hace signo fascinante para los jóvenes, con una esperanza que se convierte en palabra luminosa para ellos, con una caridad que se hace gesto de amor hacia los últimos.

Nosotros, sacerdotes y religiosos, conocemos, amamos y seguimos a Jesús, en nuestra vida concreta y cotidiana, en los momentos profundos de oración, en la celebración de la Eucaristía, entre los hermanos de comunidad, estando entre la gente a quienes somos enviados. Inmersos en el mundo y en las preocupaciones de la vida pastoral aprendemos a encontrar a Cristo a través de nuestra propia vida. Esto significa, pues, que existe un camino religioso y sacerdotal para contemplar y, por tanto, para conocer, amar y seguir a Jesús.

V. DE LA FRAGMENTACIÓN A LA ESPIRITUALIDAD UNIFICADA



1. Una nueva época

Nada nuevo añadido cuando afirmo que vivimos una nueva época, marcada por cambios que tienden a ser cada vez más acelerados y continuos. Pero Jesús nos enseñó y nos pidió que estemos atentos a leer los signos de los tiempos, de allí también la importancia de conocer cada vez mejor cómo es el mundo en el cual vivimos hoy.

Para empezar, es menester reconocer que el mundo tradicional ya pasó en Europa (aunque aún puedan quedar algunos vestigios) y en América Latina progresivamente va pasando. Este mundo o cultura se desarrolló con propiedad hasta el siglo XVI. Se caracterizó, entre otras cosas, por el valor preponderante que tenía la fe en la cultura, pues Dios parecía ocupar el centro en la vida de los hombres. Basta recorrer los monumentos históricos de Roma para darnos cuenta de cómo Dios era el centro de este mundo. Junto a la fe se destacaba el fuerte sentido comunitario. Pensemos, por

ejemplo, en la familia tradicional: ella era numerosa y en ella las cosas se hacían en común, pues se comía juntos, se iba a misa juntos y se veía televisión juntos. Pensemos también en las expresiones culturales de los pueblitos del Ande, donde la comunidad entera se reúne para danzar y sembrar la semilla. Otra característica de este mundo es el fuerte carácter de objetividad: se reconocía que la verdad estaba primariamente en las cosas en cuanto revelación de su ser. Era un mundo donde la heteronomía de las personas se veía como algo normal y se respetaban los principios, empezando por el principio de autoridad. Y quienes mejor perciben las características de una época son los artistas. Si nos fijamos atentamente en las pinturas del Medioevo podremos ver a los hombres retratados, con formas firmes y hieráticas, a veces con las manos juntas y mirando hacia el cielo.

Pero en el siglo XVI algo empezó a cambiar. Fue el siglo de grandes descubrimientos científicos (la brújula, la pólvora, la imprenta, las carabelas, etc) y geográficos (América y otros lugares desconocidos hasta entonces). Fue también el siglo en donde las ciencias comenzaron a separarse del tronco común de la filosofía para iniciar un largo camino de secularización. Fue el siglo cuando René Decartes dio todo un giro en la filosofía, poniendo el acento ya no en la cosa sino en el sujeto pensante. Irrumpió así una nueva época llamada modernidad, que entre otras cosas reemplazó la fe por la diosa razón, con una actitud soberbia de desplazar progresivamente a Dios de la vida y considerar como real solo aquello que pueda ser experimentado en el laboratorio. Además, el auge de la tecnociencia, propio de esta época, fue condenando a los sujetos a una suerte de individualismo. Pensemos, a manera de ejemplo, cómo es hoy la familia moderna: ya no es

numerosa, los hijos son pocos, y padres e hijos se refugian cada quien en su propio mundo al amparo del internet, el celular, el microondas y cualquier otro producto puesto fácilmente al alcance. La heteronomía fue cambiada por un sujeto que luchaba denodadamente por alcanzar su autonomía y la verdad pasó a ser subjetiva, al amparo de un sujeto cuyas ideas se vuelven "creadoras" de la realidad. Se derrumbaron los grandes principios y surgieron grandes utopías sociales: los ilustrados creyeron en una próxima victoria sobre la ignorancia y la servidumbre por medio de la ciencia; los capitalistas confiaban en alcanzar la felicidad gracias a la racionalización de las estructuras de la sociedad y el incremento de la producción; los marxistas esperaban la emancipación del proletariado a través de la lucha de clases. Esta modernidad ya está pasando en Europa mientras en América Latina se va consolidando. Un ícono que bien podría representarla es la escultura del Moisés de Miguel Ángel: un personaje de cuerpo musculoso y bella forma, que ya no mira al cielo sino que se contempla a sí mismo.

Pero a lo largo de los últimos cincuenta años algo empezó a cambiar. Los grandes relatos de la modernidad no se cumplieron y cayeron en una especie de "sin sentido", y el acelerado progreso científico y tecnológico parecía amenazar a la misma humanidad. A fines de la década de los sesenta hubo en Europa acontecimientos que anunciaban el advenimiento de una nueva época: el emblemático mayo francés, el movimiento hippie, el auge del rock. Según los estudiosos hacia 1968 habría hecho su irrupción en Europa la posmodernidad. En resumen, para toda una generación, el mundo, de pronto, se vino abajo.

Los posmodernos tienen la experiencia de un mundo duro que no aceptan, pero no tienen esperanza de poder cambiarlo. Y, ante la falta de posibles alternativas, una melancolía suave y desencantada recorre los espíritus. La posmodernidad es el tiempo del "yo" del intimismo. En las librerías de "best sellers" abundan los libros de técnicas sexuales, los libros sobre la "meditación trascendental", las guías de cuidados para el cuerpo, los remedios para la crisis de la vida adulta, la psicoterapia al alcance de todos, el control mental, el Rei Ki, etc. Y todo esto se explica porque a raíz de la pérdida de confianza en los proyectos de transformación de la sociedad, sólo cabe concentrar todas las fuerzas en la realización personal, y aparece una neurasténica preocupación por la salud que se manifiesta en la obsesión por la terapia personal o de grupo, los ejercicios corporales y masajes, el sauna, el amor a las vitaminas, la bioenergética, etc.

La posmodernidad significa también el oscurecimiento de la ética. Eliminada la historia, ya no hay deudas con un pasado arquetípico ni tampoco obligaciones con un futuro utópico. Cuando queda tan sólo el presente, sin raíces ni proyectos, cada uno puede hacer lo que quiera. Ahora la estética sustituye a la ética. El individuo posmoderno, al rechazar la disciplina de la razón y dejarse guiar preferentemente por el sentimiento, obedece a lógicas múltiples y contradictorias entre sí. En lugar de un yo integrado, unificado, lo que aparece es la pluralidad esquizofrénica de personajes, una aguda fragmentación interior. Todo lo que en la modernidad convivía en tensión y conflicto convive ahora sin dramas, furor ni pasión. Cada cual compone "a la carta" los elementos de su existencia tomando unas ideas de un lado y de otro, sin preocuparse demasiado por la mayor o menor

coherencia del conjunto. La razón se ve sustituida por un búsqueda desenfundada de fruición.

El individuo posmoderno, sometido a una avalancha de informaciones y estímulos difíciles de estructurar, hace de la necesidad una virtud y opta por un vagabundeo incierto de unas ideas a otras. El posmoderno no se aferra a nada, no tiene certezas absolutas, nada le sorprende, y sus opiniones son susceptibles de modificaciones rápidas. Pasa de una cosa a la otra con la misma facilidad con que cambia de camisa. También en las relaciones personales el sujeto posmoderno renuncia a los compromisos profundos, porque la costumbre es ser independiente afectivamente, no sentirse "amarrado" a nadie. El medio para conseguirlo es lo que ha sido llamado el "sexo frío", orientado al placer breve y puntual, sin ambiciones de establecer relaciones excluyentes ni duraderas.

En la posmodernidad la oposición entre sentido y sin sentido ya no es desgarradora. Pierde radicalismo ante la frivolidad ambiental, la banalidad efímera de la moda, las ofertas de ocio, los juegos caprichosos y volubles de la publicidad. Las antinomias duras entre lo verdadero y lo falso, entre lo bello y lo feo, entre lo real y lo ilusorio, pierden fuerza y se esfuman. El talante posmoderno tiene así un atractivo aire de ligereza, de juego, de falta de compromiso, de gusto por la incoherencia. Una superficialidad peligrosamente agradable, un mundo líquido, que aborrece todo lo sólido y durable, todo lo que no sirve para el consumo instantáneo.

En pocas palabras, siempre el ser humano se ha visto amenazado por el peligro de la fragmentación interior, siempre, en todas las épocas y lugares, pero nunca tanto como lo es ahora, en esta nueva época llamada posmodernidad. Y

ninguno de nosotros puede sentirse totalmente ajeno a este peligro.

2. El peligro de la fragmentación espiritual en los religiosos

¿Es posible la vida religiosa en tiempos de posmodernidad? ¿Lo es también para los sacerdotes? No podemos negarlo: el peligro de la fragmentación interior también toca las puertas de nuestras vidas y se manifiesta de múltiples y variadas maneras. Quizás la vida religiosa encajaba mejor en una cultura con características tradicionales, mas la modernidad le planteó serios desafíos y muchos más los plantea hoy la posmodernidad. A muchos nos ocurre hoy que hacemos proyectos de vida personales y comunitarios, celebramos y oramos rutinariamente, realizamos ejercicios espirituales cuando debemos hacerlo, nos esforzamos por testimoniar nuestros votos, pero a veces nos da la sensación de que toda esta riqueza espiritual cayese sobre saco roto y, entre otras cosas, se debe esto a que interiormente nos sentimos fragmentados. Nos vemos enfrentados hoy a la urgencia de pasar de la fragmentación a la espiritualidad unificada.

Si queremos que nuestro proyecto personal se asiente sobre un fundamento sólido en tiempos de fugacidad y ligereza, si queremos que nuestras vidas sean significativas para nuestra gente, situados en la provisionalidad y la fragilidad, es fundamental cuidar y cultivar nuestra experiencia de Dios.

Sin pasión por Dios no es posible seguir nuestra llamada vocacional ni la fidelidad, sólo desde una vital expe-

riencia de Dios nos podemos enfrentar, con lucidez y discernimiento, a la lógica de la posmodernidad. Porque en ella se dan valores humanos, pero también propuestas de experiencia que no podemos aceptar. No podemos vivir por inercia o rutina. El seguimiento de Jesús nos exige un descubrimiento de Dios Padre como valor supremo de la existencia en unos tiempos en los que parece que Dios se desvanece.

3. Una mirada desde nuestra vida espiritual

A. Nuestra oración, sin experiencia de Dios, es banal

Nuestra vida de oración no puede ser un monólogo sino un diálogo con Dios. Y más que nosotros hablarle a Él, se trata más bien de saber escucharle en la intimidad del corazón. Una vida de oración profunda alimenta la unión con Dios, y ésta, a su vez, hace que la oración tenga sentido. Pero si en el sacerdote y religioso no hay experiencia de Dios la oración es pura banalidad. Se reduciría a un simple pretender honrar a Dios con los labios cuando el corazón está muy lejos de Él.

Y téngase en cuenta que la oración es como la piedra fundamental que soporta el edificio de nuestra propia vocación. Anulada esta piedra se derrumba todo lo demás. Recuerdo aún mis ejercicios espirituales previos a mi primera profesión religiosa. El predicador, hablándonos de la importancia de la vida de oración, nos decía más o menos lo siguiente: “Cuando un religioso abandona la Congregación lo primero que pensamos es que se retira por algún tema de tipo afectivo. No es así. Cuando un hermano abandona este camino es porque comenzó descuidando su oración personal y comunitaria. Abandonada la oración serán otros los intere-

ses que girarán dentro del corazón del salesiano”. Muchos años han pasado desde que escuché esto, y tras haber sido testigo de muchas situaciones vistas en otros hermanos, pienso que razón no le faltaba.

Consideremos también que el proyecto personal de vida no puede ser el resultado de un afán perfeccionista y voluntarista, o la consecuencia inconsistente de un idealismo narcisista. Debe ir surgiendo como fruto maduro de una libertad que se deja guiar por el Espíritu de Dios, cuando la experiencia de Dios está anclada en nuestras entrañas, y cuando nuestra oración es el eco del mismo Espíritu que habita en nosotros. Todo esto conlleva un proceso complejo de búsqueda, de profundidad, de discernimiento.

B. Nuestra pobreza, sin experiencia de Dios, es hipocresía

Me pregunto: ¿Qué sentido tiene hoy mi vida de pobreza en una sociedad del bienestar y de la abundancia, del hedonismo y de la economía de mercado? ¿Es la ascética o la renuncia el elemento decisivo de mi voto de pobreza? ¿O me quedo tranquilo con una espiritualización de la pobreza en medio el consumismo y afán de riquezas?

Si no hago una fuerte experiencia de la confianza en Dios, es decir, si mi vida de pobreza no está animada de una profunda dimensión teológica, mi pobreza carece de sentido evangélico. Se reduciría simplemente a un hipócrita gesto de purificación ascética, que en nada se parece a la pobreza de Jesús. Ésta fue adhesión incondicional a la voluntad del Padre y, en consecuencia, cumplimiento fiel de la misión encomendada por el Padre.

Hablando en plural, nos tenemos que decir bien claro que los pobres no somos nosotros. Si no nos lo decimos, nos mentimos y las palabras nada dicen. Frente al sistema social y religioso de su época, Jesús no tomó una postura neutra o indiferente. Acogió a los excluidos del sistema, a publicanos, leprosos, prostitutas, a los pobres. En Jesús su pobreza estuvo siempre unida a la misericordia, no se reservó nada; ofreció libremente su vida. Y así vivió liberado de ataduras y cadenas, de preocupaciones por el tener o el poseer. Pero su libertad estuvo anclada en Dios, no despreciando las realidades terrenas, habló con cariño de ellas, no le fueron indiferentes. Mas, no se dejó subyugar por nada ni por nadie. Su única preocupación fue hacer la voluntad del Padre.

La pobreza evangélica ha de entenderse como consecuencia de una experiencia fuerte de Dios y desde ahí como compasión con los demás, como disponibilidad total. Por tanto, si nos quedamos sólo en la dimensión económica, difícilmente podemos hablar del voto de pobreza, y nos sentiríamos más fragmentados al predicar y querer testimoniar lo que en el fondo no somos.

C. Sin experiencia de Dios, nuestra castidad es vacía

Comprender el voto de castidad simplemente de una manera funcional, como una forma de vida que facilita la disponibilidad para la misión, significaría diluir el primado de Dios en múltiples causas humanistas. Cuando las causas (los pobres, los enfermos, los jóvenes, la educación, etc.) pierden interés vital por cansancio, frustración o el desgaste de la edad, la vida de castidad se queda sin referencia, porque no se ha comprendido que su fuente es la experiencia singular del amor de Dios. Sin pasión por Dios la castidad evangélica

cuelga en el vacío, bajo el peligro real de fragmentarnos entre la opción tomada y ciertas incoherencias y compensaciones afectivas de mayor o menor gravedad.

D. Sin experiencia de Dios no hay obediencia evangélica

La obediencia evangélica es, como expresión de fe y de amor, el corazón de la vida teológica. En su sentido etimológico, *ob-audire* implica estar a la escucha de la voluntad de Dios. Por eso es impensable un proyecto de vida religiosa que no tenga como fundamento la fe, la experiencia de Dios. Si Dios no está en el corazón ¿a quién obedecemos?

Jesús vive la obediencia a la voluntad del Padre en la inseguridad y en la búsqueda, y sintiendo resistencia interior frente a su fracaso total y a su desenlace mortal, experiencia decisiva que vive en toda su crudeza en Getsemaní. Aquí palpamos el fracaso existencial de Jesús ante el silencio de Dios. Es una secuencia narrativa de gran complejidad espiritual: en el desierto del fracaso definitivo, en la incertidumbre oscura y corrosiva, Jesús mantiene la obediencia y la fidelidad, y encuentra en el agujero negro de esa noche luz, consuelo y serenidad en la tortura psicológica de quien se siente ya condenado a muerte.

La obediencia evangélica significa buscar incesantemente la voluntad del Padre en el discernimiento personal y comunitario, que ha de tener lugar en una atmósfera de oración sincera y constante, con un corazón libre y disponible, atento a la escucha, y con el reconocimiento de las mediaciones desde un contexto creyente. Y esto es posible sólo si nuestra experiencia de Dios, aunque limitada, es auténtica, de lo contrario nos fragmentamos interiormente al realizar

con agrado sólo nuestros propios caprichos. Ésa es la tarea de todos, de los responsables que mandan y de los responsables que obedecen, en un contexto social que enaltece la libertad personal, la autonomía y la independencia individualista.

4. Una mirada desde la vida comunitaria y desde la misión

También la experiencia de Dios profunda es fundamental para los otros aspectos de nuestra radicalidad evangélica. Porque si esta experiencia no está presente en la vida de los religiosos, nuestra vida comunitaria se pierde y fragmenta en relaciones meramente funcionales, en individualismo y yuxtaposición. Y algo muy similar sucederá también en nuestra misión pastoral, pues si Dios está ausente, ésta terminará fragmentada entre el individualismo, el activismo y la distancia cada vez más acentuada con nuestros destinatarios.

En conclusión, la posmodernidad nos ha marcado a fuego el sentido de lo provisional y transitorio, la sospecha ante los grandes relatos, las vinculaciones frágiles, y ha vaciado de contenido nuestra fidelidad, condenándonos a la fragmentación interior: “Te amo, Señor, pero amo mucho más esto otro”. Y tenemos miedo y nos invade la inseguridad. La fidelidad nos parece imposible o sólo posible a un precio demasiado alto. Y con todo, nuestra fidelidad es posible porque el fundamento de nuestra fidelidad no son nuestras cualidades ni nuestro esfuerzo voluntarista, sino la fidelidad de Dios, de la cual debemos hacer experiencia. La fidelidad y la superación de la fragmentación interior sólo es posible a partir de la fe, de una fe viva y confiada, de una expe-

riencia vital del Dios que nos ama y nos ha llamado por nuestro propio nombre. Por tanto, los límites de nuestra fe son también los límites de nuestra fidelidad. Y la pobreza de nuestra fe será también la causa de la pobreza de nuestra fidelidad. El camino concreto se nos impone por sí mismo. ¿Estaremos dispuestos a seguirlo?

NÚCLEO 3: Hacer experiencia de Dios en la fraternidad

Eran asiduos a la enseñanza de los Apóstoles, a la convivencia fraterna, a la fracción del pan y a las oraciones. Toda la gente sentía un santo temor, ya que los prodigios y señales milagrosas se multiplicaban por medio de los apóstoles. Todos los que habían creído vivían unidos; compartían todo cuanto tenían, vendían sus bienes y propiedades y repartían después el dinero entre todos según las necesidades de cada uno. Todos los días se reunían en el Templo con entusiasmo, partían el pan en sus casas y compartían la comida con alegría y con gran sencillez de corazón. Alababan a Dios y se ganaban la simpatía de todo el pueblo; y el Señor agregaba cada día a la comunidad a los que se iban salvando (*Hch 2, 42-47*).

Los primeros cristianos se reunían en comunidades. Poco a poco, además de Jerusalén, nacieron comunidades cristianas en Antioquía, Corinto, Galacia, Éfeso, Tesalónica, Roma, y muchos lugares más. Los Apóstoles convivían con ellas un tiempo y después marchaban a fundar y visitar otras comunidades, pero las dejaban bajo la animación de presbíteros a quienes habían impuesto las manos. El relato nos presenta la situación de la primera comunidad cristiana en Jerusalén, con características muy específicas.

Dice el texto que acudían a la enseñanza de los Apóstoles: En el Libro de Hechos, Lucas incluye doctrina frecuentemente, pero no divulga el contenido de dicha enseñanza. Sin embargo, podemos estar seguros de que ésta versaba sobre lo que habían aprendido de Jesús, con un gran énfasis en la muerte, resurrección, y ascensión del Señor. Además, participaban en la Fracción del pan: en las casas los cristianos celebraban primero un ágape fraterno y después en una sala diferente celebraban la Eucaristía, que por entonces recibía ese nombre. Y estos cristianos oraban juntos, podemos pensar que las oraciones utilizadas en alabanza pública seguramente incluían fórmulas utilizadas en el templo, mas con el paso de los años surgieron oraciones como el Padre Nuestro y otras oraciones privadas e himnos litúrgicos en un contexto propiamente cristiano. Nos dice también Lucas que tenían todo en común: a primera vista, podríamos pensar que se trata de un comunismo del primer siglo, sin embargo, el comunismo moderno es un sistema que funciona de arriba abajo y que fuerza a la gente a vivir en situaciones comunitarias sin darle importancia a sus derechos.

En una expresión, vivían unidos y los compartían todo: compartían la vida con alegría, fraternidad y amistad. Más adelante dirá Lucas que eran “un solo corazón y una sola alma”. Con el tiempo aparecerían los problemas, porque nada humano es perfecto, como en el caso de Ananías y Zafira, cuyo pecado fue querer engañar a Dios con una venta de terreno y hallaron la muerte. Pero más allá de estas debilidades, este testimonio traía dos grandes consecuencias: por un lado, se ganaban la simpatía del pueblo, que les miraba con cariño y admiración; por otro,

cada día crecía el número de los creyentes, porque los buenos ejemplos arrastran.

¿Cuál fue la clave de todo esto? Ellos hacían experiencia en su corazón de Cristo resucitado. Y aprendían a ver a Cristo en el hermano que tenían a su lado. En realidad, estamos en presencia de un texto idealizado. Quizás la comunidad que Lucas nos pinta en su relato nunca existió. El evangelista nos quiere dar a conocer cómo deberían ser nuestras comunidades cuando Cristo resucitado vive en el propio corazón y aprendemos a reconocer y experimentar su presencia oculta y misteriosa.

Apliquemos esto a nuestra vida. Hoy como nunca estamos llamados a ser místicos de la fraternidad, reconociendo la presencia de Cristo en nuestros hermanos. ¿Ocurre realmente así en nuestro diario caminar? Además, sabemos que sólo en Dios hay comunión perfecta (perijóresis) y que nuestras comunidades cristianas nunca serán perfectas, pero estamos llamados a construir en ellas cada día la comunión. ¿Qué tan cerca o qué tan lejos están nuestras comunidades del ideal que nos detalla Lucas?

VI. EN COMUNIDADES FRATERNAS



Entramos en la vida religiosa aspirando a la comunidad, deseando verdaderamente ser hermanos los unos de los otros, pero somos, a pesar de todo, productos de la era moderna, marcados por su individualismo, su miedo al compromiso y su sed de independencia. Muchos hombres y mujeres que alguna vez abrazaron este proyecto de vida y terminaron abandonándolo aducen, entre sus múltiples motivos, no haberse sentido aceptados ni queridos en comunidad. Hoy más que nunca estamos llamados a ser profetas de la fraternidad, haciendo experiencia de Dios en los hermanos que viven con nosotros. Permítanme ofrecerles una triple reflexión sobre la base de tres aspectos fundamentales en nuestras relaciones fraternas.

1. A semejanza de un ecosistema

Vivir y trabajar juntos es para nosotros, religiosos, exigencia fundamental y camino seguro para realizar nuestra vocación.

Vivir y trabajar juntos. Cada vez somos más conscientes del valor que entraña la vida comunitaria, y también la dificultad que afronta en los tiempos que vivimos, cultivar relaciones fraternas auténticas. Una comunidad religiosa es algo más que el lugar donde se come, se recitan las oraciones y se va a dormir cada noche. Es un lugar de muerte y resurrección, el lugar del Misterio Pascual, donde nos ayudamos recíprocamente a hacernos nuevos lo unos a los otros.

La naturaleza está impregnada de imágenes que de una u otra forma nos pueden graficar el valor de la vida en comunidad. Una de ellas es la del ecosistema. En una determinada área geográfica coexisten y conviven diferentes especies, cada una aporta lo suyo y son parte del engranaje vital. De alguna manera, toda forma de vida tiene necesidad de su ecosistema. Hoy nuestra vida fraterna en comunidad debiera semejar un ecosistema, donde vivimos, compartimos y trabajamos juntos, aportando cada quien desde su propia riqueza y corrigiendo cada uno cuanto descubre de anti comunitario. Un ecosistema donde nos sentimos aceptados, valorados, queridos. Todos cuantos abrazamos la vida religiosa necesitamos este “ecosistema comunitario” para que nuestra forma de vida (vida centrada en Dios, vida religiosa, vida consagrada) pueda desarrollarse. Ser religioso –de toda edad y condición- es escoger una forma de vida especial, y todos tenemos necesidad de un medio ambiente que nos sostenga: oración, comunidad, espacio personal, tiempo comunitario, convivencia, apostolado, misión común, encuentro con los hermanos.

Cada uno de nosotros, como miembros de la comunidad, deberíamos ser los “ecologistas” que defiendan este ecosistema, que lo hagamos habitable y nutritivo para los miembros de la comunidad, sin dejar de relacionarnos con otras formas de vida (no vivimos en un mundo paralelo),

pero sin perder las necesidades particulares que esta forma de vida requiere.

Una mirada profunda a nuestra vida comunitaria debiera llevarnos a preguntarnos: ¿Son nuestras comunidades capaces de generar vida? ¿Se sienten nuestros corresponsables en la misión cuidados por nuestra comunidad? ¿Compartimos con ellos nuestro sostenimiento en la oración, en la celebración, en la vivencia compartida de tantas experiencias?

La comunidad fraterna se construye a partir de la generosidad de cada miembro. Por ejemplo, un hermano en comunidad es como la sal. El cloro tiene identidad propia, como elemento del sistema periódico y lo mismo le ocurre al sodio. Pero cuando se unen en la naturaleza, crean la sal. La sociedad hoy nos induce más a la competitividad que a la colaboración, y esto puede estar filtrando a nuestra vivencia comunitaria. La vida en comunidad requiere colaboración, que es negación de uno mismo, es ser una parte del todo, para ser el todo siendo una parte. Fusión y trascendencia.

El equilibrio entre persona y comunidad será siempre objeto de revisión y conversión. La comunidad debe ser un enriquecimiento para la construcción de la persona y de las relaciones entre los hermanos. La comunidad puede disponer a la persona a madurar, pero no es la causa externa de este crecimiento; el grupo puede favorecer el crecimiento, pero no lo produce: ofrece solo un ambiente, un "ecosistema" en el que se pueden realizar algunos aprendizajes más fácilmente. El crecimiento, el bloqueo o el retroceso dependen de las disposiciones internas de los miembros de la comunidad.

2. Amar a la comunidad, aunque sea imperfecta

El hermano se compromete a construir la comunidad en que vive, y la ama aunque sea imperfecta: sabe que en ella encuentra la presencia de Cristo.

Amar a la comunidad aunque sea imperfecta. Me pregunto ¿Existe alguna comunidad que sea perfecta? De existir ¿Dónde la encontraríamos? Comunidad perfecta sí existe realmente, esa comunidad es Dios, que es familia. Padre, Hijo y Espíritu Santo conforman una familia, una comunidad, que es perfecta. Son personas iguales y distintas. Entre ellas la comunión es perfecta, no hay envidias, ni celos, ni rivalidades, ni ofensas ni rencores. Son uno para todos y todos para uno. Los padres de la Iglesia acuñaron un término: *perijóresis*, para señalar esta mutua compenetración entre las personas divinas. Dios es comunión. Recuerdo una antigua anécdota, que hablaba de un sacerdote que en la fiesta de la Santísima Trinidad había ilustrado una hermosa homilía. Al concluirla, se le acercó un periodista ateo para increparlo. "Ustedes los cristianos, decía, no saben matemáticas. Porque dicen que hay un Dios, pero hablan del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Y yo encuentro que uno más uno más uno es igual a tres. Luego, son tres dioses y no uno, como dicen". El sacerdote le respondió: "Lo que ocurre es que Usted no sabe teología. Porque Dios no es uno más uno más uno, igual tres. Dios es uno por uno por uno, igual uno".

También encontramos la descripción de una comunidad casi perfecta en el relato de Lucas (*Hch 2, 42-47*) acerca de la primitiva comunidad cristiana en Jerusalén. Y nuestras constituciones religiosas nos acercan al ideal de cómo tendrían que ser nuestras comunidades fraternas. Pero eso queda muy bien allí, en el papel, más en la realidad, nunca una comunidad humana podrá ser calificada de perfecta. Porque a diferencia de Dios, que es comunión, nosotros estamos llamados a ser constructores de comunión, que es muy diferente. Y somos constructores desde nuestra condi-

ción de creaturas imperfectas y desde nuestra realidad empecatada sobre la cual actúa de continuo la gracia de Dios. Sin embargo, que nuestras comunidades no sean perfectas no significa que no valgan la pena o que no debamos aceptarlas y amarlas como son.

La imperfección natural de nuestras comunidades provoca que tarde o temprano surjan conflictos entre los hermanos. Los conflictos pueden ser grandes o pequeños, pueden producirse hasta por situaciones nimias o tontas. A veces basta un gesto amenazador, una mirada de rechazo, una palabra hiriente o una discrepancia de ideas. Hemos de comprender que los conflictos, de entrada, no se resuelven: se gestionan y puede ayudar crecer y madurar si se gestiona adecuadamente. Para la gestión se requiere la participación con sentido de pertenencia de todos los miembros, la comunicación basada en información sincera y persuasión positiva, además de una misión compartida y en sinergia.

La existencia de conflictos es inevitable, pero tienen de positivo señalar que nuestras comunidades están vivas. Los hermanos que interactúan con “diplomacia” o con modos “formales”, corren menos riesgo de tener problemas comunitarios. Pero consideramos el hecho de que algunos conflictos, no sólo son inevitables, sino que no tienen solución. Son las tensiones normales de la vida en común, que no podrán tener nunca una solución y que acompañan siempre la convivencia. Sin embargo, como religiosos consagrados, estamos llamados a superar estas contraposiciones y construir comunidad.

He aquí algunos problemas que podemos detectar en nosotros mismos y nuestras comunidades, con el fin de “convertir nuestro corazón” y proponernos algunos cambios de mentalidad a la hora de situarnos ante ellos:

- **Conflictos generacionales:** los jóvenes y los viejos no se encontrarán nunca en sintonía espontánea. Y menos mal que no es así, porque se habría renegado de la propia historia.

- **Conflictos acerca del poder:** “¿quién es el más grande entre nosotros?” Es una pregunta que serpentea en cada grupo, por lo que los celos, la rivalidad y las murmuraciones se dan con frecuencia.

- **Conflictos acerca de la unidad:** las contraposiciones del tipo “nosotros” y “ellos”, “hoy es así, pero antes era...”, son tentaciones de todas las comunidades.

- **Conflictos de intereses:** cada persona, en cuanto ligada a su grupo, está dotada de espíritu de entrega, tenderá siempre a gestionar de modo individual la propia vida según un “orden del día” personal. Por ejemplo, no hay nadie que ante la televisión no prefiera instintivamente su propio programa a aquél impuesto por la comunidad y si debe adaptarse siempre con cierta incomodidad.

- **Conflictos sobre la unión y la diferenciación:** estar juntos ¿quiere decir hacer las mismas cosas, pensar todos de la misma manera? ¿Pensar de manera diferente quiere decir individualismo? ¿Cómo conciliar el proyecto comunitario con las exigencias personales?

Posturas incorrectas ante los conflictos pueden ser las siguientes:

- A. No afrontarlos directamente, pensando que se solucionarán por sí solos y cerrando los ojos ante la realidad. Es un error gravísimo, porque muchas veces lo que empieza pequeño termina creciendo y adquiriendo grandes proporciones. Que no nos suceda que los intentos de gestión lleguen a veces demasiado

tarde. El rencor, la indiferencia, el juicio recíproco hacen más daño a la comunidad que el mismo desacuerdo en los valores.

- B. Parcializarse con uno o algunos de los implicados. No es bueno ser juez y parte al mismo tiempo. Cuando un conflicto estalla, ambas partes suelen tener motivos de razón y motivos de culpa. Se trata de limar asperezas y llegar a consensos, no de jugársela por una de las partes implicadas, porque esto sólo traerá rencores y recelos.

Los conflictos favorecen la cohesión comunitaria cuando son bien gestionados. Y se gestionan sobre la base del diálogo, que implica sinceridad y caridad al momento de decir las cosas. Y este diálogo no será suficiente si en las partes comprometidas no hay mutua capacidad de perdón y reconciliación.

Presente está bien la posibilidad real del hermano que peca gravemente o cuyo comportamiento no es acorde a la vida religiosa profesada, bajo el riesgo de aterrizar en un escándalo de grandes proporciones. En este caso, la situación, más que gestionarse, ha de corregirse por los caminos que el mismo Cristo nos ha enseñado. La manera equivocada para afrontar esta triste realidad es el pecado de murmuración. Ella nada soluciona, al contrario, el murmurador se vuelve tan o más culpable que quien incurrió en la falta. De san Felipe Neri se cuenta que alguna vez dejó como penitencia a una señora que se acusaba de murmuración desplumar una gallina por las calles del pueblo y después recorrer las mismas calles recogiendo las plumas. “Eso es imposible, decía la señora, pues el viento ya se habrá llevado las plumas a mi regreso”. “Tienes razón, concluyó el santo sacerdote, lo mismo sucede con tus palabras cuando murmuras, se las lleva el viento y provocan mucho daño”.

A Don Bosco en sueños se le alertaba de cuidarse de la plaga de la filoxera. Al preguntar qué era eso a su interlocutor, éste le mostraba un hermoso viñedo que progresivamente terminaba marchitándose, muriendo. La filoxera es una plaga que ataca a la vid, pero en el sueño se aplicaba al pecado de murmuración. Comienza enfermándose uno, pero termina contagiando al resto. El insecto viaja de planta en planta llevado por el viento. Así ocurre también cuando murmuramos, porque nuestras palabras se las lleva el viento y corren cual reguero de pólvora, haciendo muchísimo daño. “Cuide a sus salesianos del pecado de la murmuración si quiere la prosperidad de su Congregación”, decía a Don Bosco el misterioso personaje en aquel sugerente sueño.

El Señor nos ha dejado un mecanismo auténticamente cristiano para corregir al hermano que se equivoca y consiste en la corrección fraterna. Se trata de corregir a solas, con verdad y caridad. Y solo si es necesario se va acudiendo a instancias mayores, hasta llegar incluso a la excomunión del hermano si éste no quiere corregirse. Qué efectiva es esta corrección fraterna, pero cuánto nos cuesta ponerla en práctica. Cuando apenas tenía yo trece años observé en el colegio donde estudiaba que un joven religioso, lleno de tantos dones que engalanaban su personalidad, tenía un notorio defecto: caminaba arrastrando los pies. Un día me armé de valor y en un momento de recreo lo llamé a parte para hacerle notar su defecto. Él me dio las gracias y en silencio se marchó. Debo confesar que nunca más en mi vida lo vi caminar arrastrando los pies.

3. En la comunidad encontramos a Cristo

Los hermanos viven con sencillez su entrega personal y la capacidad de compartir, en la acogida y la hospitalidad.

Acogida y hospitalidad. Alguna vez Jesús llamó la atención a un fariseo por no haber tenido la hospitalidad suficiente al momento de recibirlo en su casa. Una parábola moderna nos habla de cómo un monje, tras haber conversado con un sabio, descubrió un día junto con sus demás hermanos del monasterio, que entre ellos había un Mesías disfrazado, pero no habían sabido reconocerlo, por eso la vida entre los monjes se había tornado fría y aburrida. Aquel día la vida cambió, comenzaron a mirarse con cariño, con respeto, con admiración; comenzaron a aceptarse mutuamente, a valorarse. “Quizás él sea ese Mesías”, se decían secretamente. El sentido del relato es muy claro: ¡qué distinta sería nuestra vida comunitaria si en cada hermano que vive con nosotros reconociéramos la presencia oculta y misteriosa del Señor. Decimos que Cristo resucitado vive en el corazón de cada uno de nosotros, pero ¿cuántos lo creemos realmente? Podríamos comenzar siendo acogedores y hospitalarios entre nosotros mismos, pero ¿lo somos en verdad? Son interrogantes que nos invitan a un serio examen de conciencia.

El día que Jesús resucitó regresó a la gloria del Padre, pero de algún manera quiso quedarse oculto entre nosotros. Aquel mismo día se apareció misterioso a dos discípulos que iban camino de Emaús, como para decirnos que Él se encuentra presente en el corazón del hermano que camina a nuestro lado; aquel día también se apareció a la comunidad reunida, estando ausente Tomás, quien no creyó, como para decirnos que Él se halla presente cuando la comunidad se reúne y es en la comunidad, aunque imperfecta, donde debemos encontrarnos personalmente con Él.

Y la misericordia es la gran experiencia del evangelio capaz de sostener la fe y la vida, de llenar el corazón, de purificar nuestras relaciones y de dar sentido a todo lo que hacemos. Muchos de nuestros conflictos personales y comunitarios, nuestra falta de implicación y compromiso,

tienen su origen en esta carencia. Nos falta misericordia, misericordia entrañable, como la del Señor. Lo que Jesús realiza en medio del mundo es una presencia misericordiosa. El evangelio está lleno de palabras y de gestos compasivos, de parábolas misericordiosas que nos muestran el rostro de Dios, su respuesta viva al clamor y a la esperanza del hombre.

La dureza del corazón, que podemos sentir también en nuestras relaciones fraternas, es consecuencia de un alejamiento, de un repliegue sobre nosotros mismos, que ha de ser “convertido”. La falta de compasión en nuestros juicios, en nuestras actitudes o en nuestras posturas impiden la fraternidad. Convertir el corazón de piedra en corazón de carne, en corazón de hermano, es nuestro camino profético. Nuestra vida y nuestras relaciones han de llegar a ser también una parábola de misericordia. Lo que hacemos en comunidad y en nuestra misión, en nuestro servicio a los jóvenes y a los hermanos, más allá de la eficacia, tiene que estar impregnado de un amor misericordioso, a imagen de Jesús. En medio de las parábolas evangélicas, lo que resalta es la persona de Jesús, el signo vivo de una disponibilidad, una entrega, una fidelidad hasta la muerte, capaz de arrastrarnos y de provocar en nosotros una reacción de conversión a esas actitudes que Él vive y manifiesta como expresión de una voluntad de Dios que quiere hacerse historia de salvación para todos.

La experiencia profética de nuestra vida comunitaria, en definitiva, se concreta en ser expresión del amor misericordioso, incondicional y sin restricciones de Dios, quien nos da hermanos a los que amar y con los que crear fraternidad como signo visible de este amor.

Podemos hacer de nuestras comunidades el hogar que nos consienta entregar, de forma concreta, nuestro corazón y nuestra vida a favor de los hermanos y de los jóvenes pobres, abandonados y en peligro. La calidad de nuestra presencia comunitaria va unida a la vivencia de nuestro ser como el Buen Pastor, que acoge con misericordia entrañable a los que están cansados, rotos y abatidos, a los que están como ovejas que no tienen pastor (cf. *Mt 9, 35*).

Lo significativo en nuestra vida es la misericordia. Es el terreno fecundo en el que crece la vocación, la comunidad y todo proyecto cristiano, sobre todo la fraternidad. Quien tiene misericordia sabrá amar la vida, la comunidad, la misión, desde el amor fraterno y solidario.

Esta reflexión, enfocada directamente para la vida de los religiosos, vale también, salvando las diferencias, para la vida sacerdotal, llamada a cultivar verdaderas relaciones fraternas entre quienes alguna vez escucharon el llamado de Dios y que hoy comparten la misma misión.

VII. DEL INDIVIDUALISMO AL SENTIDO DE COMUNIÓN



Nuestras congregaciones religiosas son familias que se sienten llamadas a compartir la vida, la fe y la misión de seguir a Jesús. Cuando los religiosos nos sentimos responsables, afectados por lo que le sucede al otro, y compartimos los éxitos y los fracasos de cada uno de nuestros hermanos, como si fueran de todos, tenemos un fuerte sentido de pertenencia.

Pero cuando perdemos el sentido de fraternidad y de corresponsabilidad es porque el individualismo ha penetrado en nuestras vidas, produciendo ausencias y separaciones dentro de la comunidad hasta provocar un auténtico divorcio entre los hermanos. El individualismo es el cáncer de la vida comunitaria. Nos hemos pasado de un extremo al otro: de una estructura comunitaria asumida por los hermanos, a

tener como centro la individualidad a la que se sacrifica la comunidad. Es necesario recuperar la responsabilidad que se ha asumido libremente y que nos da un sentido de pertenencia a la comunidad, a la provincia, a la congregación y a la Iglesia.

Llamados por Dios a ser profetas de fraternidad, encontramos, pues, como un serio desafío la vida comunitaria.

1. Una aguda paradoja

Vivimos en la era de la comunicación, disponemos de todos los medios para comunicarnos con facilidad y rapidez, sin embargo, cada día los religiosos parecemos sentirnos más solitarios e individualistas. Ante estas circunstancias, hay una demanda creciente por una práctica comunitaria que esté viva y que favorezca el sentido de comunión frente a la soledad y el individualismo propios de la vida moderna.

La vida común, la experiencia de la fraternidad son rasgos irrenunciables de la vida religiosa. Para iluminar la práctica comunitaria es preciso reconstruir la comunidad fraterna sobre la base de la común experiencia de fe, de la común celebración de la fe y de la común práctica de la fe. En tal sentido, nuestras comunidades deben ser oasis de encuentro con Cristo, reservas de espiritualidad, de celebración y de fiesta en torno al Señor Resucitado. Lugares donde se comparte la fe y se experimenta el amor de Dios.

Pero mirando la realidad concreta de muchas de nuestras comunidades, parece que distamos mucho de este ideal. Muchas de nuestras comunidades no son auténticas comunidades de acogida, y esto ensombrece una vida reli-

giosa acogedora, hospitalaria y fraterna. Por lo general, nuestras comunidades religiosas están abiertas para que salgan los de dentro, pero no tienen sus puertas abiertas de par en par para que entren los de fuera. ¿Dónde están esas comunidades con las puertas abiertas para los de fuera que buscan un oasis de paz, de oración, de experiencia espiritual en medio del desierto? ¿A cuántas de nuestras comunidades podemos invitar a un joven con inquietud vocacional para que experimente su deseo de vivir en comunidad, acogido, animado por los otros? ¿En cuántas de nuestras comunidades no reina un individualismo atroz, un respeto excesivo?

2. Entre el individualismo y la comunión

La comunidad es un grupo humano donde se dan unas relaciones fraternas, donde se comparte, donde se celebra la fiesta. Esto es una necesidad tan importante como el aire que se necesita para respirar. Pero no hay comunidad si no hay comunión entre los hermanos que la integran, lo que hace la comunidad no es la suma de personas que viven bajo un mismo techo sino la comunión que hay entre ellos. Para graficarlo con un ejemplo: sobre una misma mesa podemos tener un lápiz, un papel y un vaso con agua. ¿Qué tienen en común estas cosas? Aparentemente nada, más allá de ser objetos. Esta falta de comunión haría crecer entre ellos la desconfianza, el individualismo, la soledad. Pero si estos objetos pudieran pensar y decirse a sí mismos que los tres están sobre la misma mesa y que lo que le ocurra a la mesa afectará igualmente a los tres, entonces descubrirían que tienen mucho más en común. Si la mesa se incendia los tres objetos serán destruidos, de allí la importancia de elaborar juntos un proyecto para evitar que la mesa se incendie. Des-

cubrir elementos en común, que unen, trae consigo diálogo, confianza, amistad, preocupación por el otro, proyectos comunes. Pero cuando en nuestras comunidades se pierde el sentido de comunión aparecen, a mi modo de ver, los tres grandes jinetes apocalípticos que destruyen la fraternidad: el individualismo, las relaciones meramente funcionales y la yuxtaposición.

El individualismo es hijo de la modernidad. Hoy la gente suele ser muy individualista, nosotros también podemos serlo. Síntomas recurrentes de este individualismo presentes en nuestra vida religiosa y que terminan destruyendo cualquier proyecto de fraternidad y de misión son los siguientes:

- Aislamiento continuo y persistente de los hermanos e instancias comunitarias. El dormitorio, la oficina y la calle terminan convirtiéndose en refugios personales y la propia casa se reduce a un simple lugar de consumo.
- Búsqueda de afecto y reconocimiento en otros ambientes externos a la propia comunidad. El salesiano se siente mucho más a gusto con los laicos que con los propios hermanos.
- Poca capacidad de comunicación entre los hermanos de la comunidad. A menudo termina siendo materia de conflicto. Y a veces sólo se comunican cosas externas y superficiales, pero casi nunca hay una comunicación desde el mundo interior.

- Pérdida del sentido de pertenencia al proyecto comunitario, provincial, parroquiano, diocesano, etc., con la consiguiente asunción de proyectos personales. Quizás se hace el bien, pero desparramando.

Las relaciones meramente funcionales traen frialdad y soledad entre los hermanos, condenados a sentirse simples funcionarios dentro de una misma casa. Abandonar esta dimensión de comunicación personal y afectiva ha sido causa de abandono para muchos de nuestros hermanos que no supieron hacer frente a la soledad de la vida. El afecto que no se encuentra dentro se busca fuera porque es una necesidad vital. Se necesita compartir con los hermanos la fe y la vida para vivir en plenitud la consagración religiosa. Recuerdo mis años de estudiante de teología. Todas las mañanas acudíamos a la oficina del padre ecónomo de la comunidad para pedir dinero que luego gastaríamos en fotocopias o en el cafetín. Él nos atendía diligentemente a pesar de que siempre nos referíamos a él como el “padre ecónomo”. En unas buenas noches nos hizo la corrección: “Recuerden, yo soy el padre Max, no soy el padre ecónomo”.

Y la yuxtaposición es la simple suma de hermanos que viven bajo el mismo techo, pero sin sentirse hermanos, sin comunicarse, sin quererse, sin preocuparse el uno por el otro. Alguien acuñó alguna vez esta expresión lapidaria contra la vida religiosa, decía: “Los religiosos se juntan sin conocerse, viven sin quererse y mueren sin llorarse”. ¿Tanto así? Quizás no, pero algo de cierto puede haber en aquellas duras palabras. Una parábola moderna nos habla de un país desértico que contradictoriamente estaba habitado por pozos, que hablaban mucho entre ellos, pero desde lejos, siempre había

tierra de por medio y las palabras sonaban huecas. Así también ocurre con nuestras comunidades cuando en ellas reina la yuxtaposición de hermanos. Y muchos hermanos terminan abandonando la Congregación porque no pudieron resistir esta sensación de soledad provocada por alguno de estos tres jinetes apocalípticos.

3. Un largo camino por recorrer

Los religiosos somos la mayor riqueza que tienen nuestras congregaciones, y por ende, más que las estructuras, es la relación interpersonal profunda el primer paso para vivir con gozo nuestra vocación religiosa. Para que la comunidad sienta las necesidades de sus miembros, estos han de ser generosos con el proyecto común que va más allá del proyecto individual.

El testimonio de una comunidad unida es un signo esperanzador en esta sociedad del bienestar, en la que se propaga la sombra de la soledad, del individualismo. Acogida, fraternidad, compartir, celebración, son necesidades de nuestros contemporáneos. A pesar del individualismo de que hace gala el mundo contemporáneo, en todos nosotros está muy arraigada la necesidad de una pertenencia. Somos fragancia de Cristo si la gente que se encuentra con nosotros se siente envuelta en un aroma de acogida, de fraternidad, de espontaneidad, de simplicidad, de hospitalidad, de ternura, de aprecio, de cariño. El deseo de una vida comunitaria más intensa y auténtica es uno de los elementos más buscados por los candidatos que se interesan por nuestra vida religiosa. Sin duda alguna, podemos ser un signo atractivo de esperanza.

Cada vez se le exige más a la comunidad y ella es fundamental en la vida religiosa porque revitaliza la experiencia de Dios y responde a la misión. Pero la comunidad es un quehacer de todos sus miembros, cada uno debe aportar el propio carisma para el bien común. Hay que aprender a ser constructores y no sólo consumidores de la comunidad.

Tenemos ante nosotros un camino concreto para crecer como profetas de fraternidad. Entre otras cosas, es necesario cuidar el ambiente de las comunidades y el número de hermanos que la forman. Necesitamos también consolidar la realidad comunitaria y desarrollar las aptitudes necesarias para trabajar en equipo, para unificar las fuerzas, recursos y talentos que disponemos. Hay que poner una imaginación creativa y la valentía para aprender a vivir la fraternidad en estos tiempos nuevos y en los nuevos modelos comunitarios. La comunidad es un signo del Reino, es una gracia, pero no se puede hacer comunidad sin nuestra participación y colaboración activa. Si queremos que la comunidad cumpla nuestras expectativas de cercanía, apoyo, acompañamiento, hemos de cuidarla o al menos participar en su vida y no acercarnos a ella sólo en momentos puntuales. No debemos olvidar que la comunidad es lo que nosotros queremos que sea.

Además, el superior de la comunidad ha de desempeñar su carisma de liderazgo religioso y paternidad espiritual para comprometer a los hermanos con la misión que realiza la congregación, la provincia, y para animarlos en su crecimiento espiritual.

Hemos de buscar nuevas presencias para cultivar la convivencia. Debemos favorecer el tiempo para la oración en común y la celebración en común, para la reflexión en común

y la búsqueda de la verdad en común. Es necesario abrir las puertas de nuestras comunidades para orar y compartir la fe y la vida con los laicos más identificados con nuestro carisma y más comprometidos con nuestra misión. Nuestra oración no puede ser angelical, necesita encarnarse en los problemas y dificultades de la gente; nuestros votos no son algo aislado, necesitan vivirse en medio del pueblo, para que sean alternativas que den qué pensar a la gente; nuestros horarios no son algo privado, tienen que ser también de todos los que viven las preocupaciones del Reino; nuestro dinero no puede ser una fuente de seguridad, tiene que invertirse a favor de los más desfavorecidos. Hay que crear espacios abiertos para compartir la celebración y la fe. Tenemos que rezar y celebrar menos solos y más abiertos al pueblo de Dios.

Los jóvenes buscan encontrar un ámbito donde se dé afecto, cercanía. En tal sentido, crear en nuestras comunidades una realidad de familia exige acoger a los hermanos con delicadeza, con sensibilidad para crear el ambiente propio para compartir. Esto es una exigencia para ser atractivos efectivamente y afectivamente a nuestros destinatarios.

Trabajar juntos es construir la comunidad, es pasar del yo al nosotros, de mi trabajo al trabajo que tiene encomendado la comunidad. Aprender a realizar proyectos juntos es aprender a aunar diferencias, a convivir juntos, a buscar el bien común, a buscar el proyecto común por delante del proyecto individual. No es fácil trabajar en equipo, ni siquiera cuando se trata de un equipo apostólico. Habrá que enfrentarse a estas dificultades con la ayuda de las ciencias humanas. Pero habrá que hacerlo también recurriendo a la luz de

la fe, apelando a la común vocación apostólica que hemos recibido.

Recordemos que la vida fraterna en comunidad no es la única responsable de los triunfos y frustraciones de nuestra vocación. Somos convocados para seguir a Jesús en comunidad y es la comunidad la que nos acompaña en este camino, la que nos enseña a orar, a compartir y a realizar la misión. Pero también somos llamados personalmente. La vocación es un asunto personal del cual somos responsables. No podemos estar toda la vida echando la culpa de nuestros males a la comunidad donde nos encontramos. En este momento es un signo de esperanza la fidelidad y la perseverancia ante la fragilidad comunitaria.

NÚCLEO 4: En clave de conversión pastoral para servir mejor a nuestra gente

Por gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no ha sido vana en mí; al contrario, trabajé más que todos ellos, no precisamente yo, sino la gracia de Dios que está conmigo” (1Co 15, 10).

Nos gusta ganar méritos y ser reconocidos por los demás. Es natural, cada uno de nosotros posee hermosos dones que hay que explotar convenientemente. Cuando esto hacemos nos hacemos merecedores de premios y enseguida exigimos “derechos ganados”. Así funciona la justicia humana, que solemos llamar “distributiva” dar a cada uno lo suyo, lo que le corresponde.

Pero esta “lógica del mérito” no funciona en nuestras relaciones con Dios. ¿Por qué? Porque Dios es gracia. Su actuar es siempre gratuito, no espera nuestros méritos para darnos a manos llenas. Podemos hacer muchas cosas buenas, pero esto no nos gana derechos frente a Él. El pecado de los fariseos consistía en haber invertido el esquema: ellos, por cumplir la ley, creían ser buenos por sí mismos y haberse ganado con propiedad la salvación. Olvidaban que Dios salva gratuitamente y que hacemos el bien como respuesta a este amor primero. Jesús lo sabía con propiedad, por eso les echa en cara su falta.

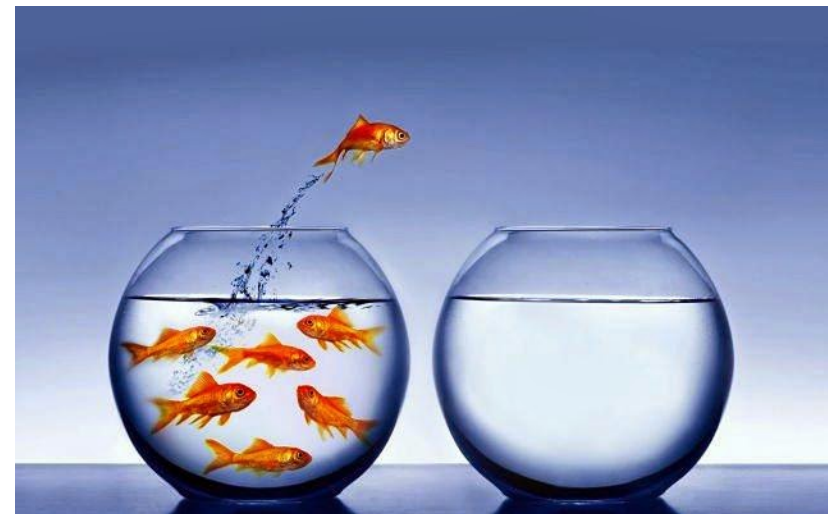
San Pablo, discutiendo con los apóstoles judaizantes de Corinto, afirmaba tener motivos para ufanarse: judío de nacimiento, hombre de tres culturas, fariseo y conocedor de la ley. Para él todo esto era basura con tal de ganar a Cristo. Él supo por experiencia propia que todo cuanto era lo era por gracia de Dios en Cristo Jesús. Por eso dice: “Por gracia soy lo que soy”. Usaba un término griego, *Xaris*, para designar este favor o don divino gratuito.

También nosotros, por gracia de Dios, hemos sido llamados a esta vocación religiosa, sacerdotal, consagrada y de servicio. Dios nos llamó gratuitamente sin fijarse en nuestro abolengo, en el color de nuestra piel o en la cantidad de dinero que teníamos en la billetera. Sin embargo, ¿no será que también nos mundanizamos y empezamos a relacionarnos con Dios según la lógica del mundo? ¿Nos creemos con derechos ganados y olvidamos la gratuidad divina?

Con todo, la pregunta es legítima: ¿Tenemos méritos frente a Dios? Claro que sí, pero sólo en virtud de los méritos de Cristo. Por sus méritos Dios hace que los propios dones que nos dio se vuelvan meritorios frente a Él cuando los usamos bien.

Apliquemos esto a nuestra vida. Vivir en la lógica de la gracia es ser humildes, pobres de espíritu. Y quien es humilde está dispuesto a vivir en una continua conversión: personal, comunitaria y pastoral. Hoy se nos invita a vivir en constante conversión pastoral para servir más y mejor a nuestra gente de hoy. ¿Estaremos dispuestos a hacerlo?

VIII. LLAMADOS A LA CONVERSIÓN PASTORAL



Quizás la nomenclatura nos resulte novedosa, mas el contenido en sí no lo es. Hoy la conversión pastoral es una urgencia no una opción si realmente deseamos ser servidores auténticos de nuestra gente y encontrar en ella a Dios.

1. Un poco de historia

Ya desde los tiempos del Vaticano II e incluso un poco antes, se invitaba a la Iglesia a un esfuerzo serio de renovación interior. En la década del ochenta el Papa Juan Pablo II hablaba de la importancia de emprender una nueva evangelización, nueva no en el contenido, porque éste siempre será Jesucristo, pero sí en sus métodos, ardores y expresiones. Pienso que su llamado no recibió el eco que se esperaba, si bien hubo algunos intentos pastorales de renovación, no ocurrió en la magnitud en que se hubiera deseado.

Recientemente se viene hablando con mucha insistencia de conversión pastoral. El subtítulo 7.2 del documento de Aparecida se llama *Conversión pastoral y renovación misionera de las comunidades*, dentro del gran contexto del capítulo 7 titulado *“La misión de los discípulos al servicio de la vida plena”*. El sentido de este llamado a la conversión proviene, indudablemente, de una realidad eclesial que necesita transformarse, en vistas a la transmisión de la fe y la evangelización. Benedicto XVI impulsó el mismo sentir, y también el Papa Francisco en la *Evangelii Gaudium* nos invita a vivir en una constante actitud de conversión pastoral.

Porque más allá de la conversión personal de cada hombre y mujer que acepta, libremente, la Buena Noticia y la

pone en práctica, hoy se vuelve necesaria una conversión pastoral que modifique algunas disposiciones generales de la Iglesia y de la concepción grupal de la misión.

2. Un llamado desde la Sagrada Escritura

La Palabra de Dios es, y será siempre, una invitación a la revisión y al cambio, como lo fue para los primeros patriarcas, como lo fue para Israel, como lo fue para las primeras comunidades cristianas, como lo es para nosotros y como será en los próximos años.

En tal sentido, la Sagrada Escritura está imbuida de continuos ejemplos de conversión pastoral. A veces es un llamado a desinstalarnos, como ocurriera con Abraham, que a edad avanzada escucha en su interior la voz de Dios, que le invitaba a dejar su tierra y su parentela para ir a otra tierra que le sería mostrada por Él. A veces se trata de cambiar la mentalidad, como en el caso de Jonás, que no comprendía cómo Dios pudiera enviarle a predicar la conversión a un pueblo pagano y enemigo. Sin embargo, aun contra su voluntad, lo hizo y nunca su predicación tuvo tanto éxito como aquella vez, llegando a entender que Dios es de todos y su salvación es universal, no amarrada solamente al pueblo escogido. Otras veces se trata de romper esquemas e implantar paradigmas nuevos, como en el caso de Jesús, que ponía a la persona por encima de la Ley, que dialogaba con una mujer junto al pozo, que se entretenía bendiciendo a los niños, que escogía a sus discípulos sin esperar que éstos lo escogieran a Él. Otras veces se trata de crear nuevas estructuras, como en el caso de Moisés, que tuvo que hacerse ayudar de muchos varones virtuosos para atender las demandas del pueblo en

el desierto, haciendo de jueces, o como en el caso de los Apóstoles, que reconociendo que estaban descuidando su labor de prédica por atender a las mesas, decidieron nombrar a siete servidores para dedicarlos a dicha atención. Otras veces se trata de abrir nuevos frentes de misión, como en el caso de San Pablo, que en sus viajes misioneros fundaba nuevas comunidades cristianas. Y podríamos seguir multiplicando ejemplos.

3. Un llamado de los nuevos tiempos

En cada época, el Pueblo de Dios está llamado a descubrir los signos de los tiempos para que su comunicación de la vida en Cristo no sean ideas descabelladas, sino que, penetrando las culturas, el Evangelio se arraigue y el Reino se haga presente bajo signos concretos, reales y efectivos. La conversión pastoral nos es exigida hoy por los mismos tiempos que estamos viviendo, marcados por continuos cambios culturales. Los niños y los jóvenes de hoy no son los niños ni los jóvenes de hace algunas décadas atrás. Hoy existen costumbres y mentalidades nuevas que exigen una auténtica renovación pastoral si en verdad queremos que el mensaje de Cristo penetre en muchos corazones. A veces he pensado, usando una comparación un tanto exagerada, que la situación semeja a un mundo que con sus acelerados cambios avanza sobre un bólido fórmula uno, mientras la Iglesia, a veces reticente, pareciera avanzar montada sobre un burrito.

El llamado a la conversión pastoral implica siempre cambios dolorosos y renunciaciones. Estar dispuestos a cambiar es estar dispuestos a dejar que la Palabra inunde nuestro sentir y nuestro actuar; y a nivel eclesial, dispuestos a dejar que el Espíritu Santo nos lleve por donde Él considere conveniente,

aunque eso signifique desprenderse de modelos a los que estamos acostumbrados. Quizás el mayor problema de la conversión pastoral reside en desacostumbrar a los agentes de pastoral, moldeados bajo una forma de hacer las cosas que ya no es cuestionada ni revisada, sino que se realiza porque sí, bajo el pretexto de que lleva años haciéndose de la misma manera. ¿Qué nos ha estado sucediendo para que hoy se recalque tanto la necesidad de esta conversión? ¿Qué nos estuvo faltando para que ésta sea una prioridad?

4. Pistas a tener en cuenta

He aquí algunas pistas a tener en cuenta:

Esta conversión debe impregnar todas las estructuras eclesiales y todos los planes pastorales de diócesis, parroquias, comunidades religiosas, movimientos, y de cualquier institución de la Iglesia y de nuestra Congregación. No hay parte ni porción de la Iglesia que no quede afectada en la conversión pastoral y la renovación misionera. La propuesta debe impregnarlo todo, como un agua viva que moja, pero no sólo exteriormente, sino que empapa, llegando a la médula de los hombres y mujeres, a la médula de las planificaciones, a la médula de las estructuras eclesiales. Así se trate de una enorme diócesis o de una pequeña comunidad eclesial de base, todos se ven afectados, porque la misión es responsabilidad de la totalidad del Pueblo de Dios, receptor de la vida en Cristo y transmisor de la misma.

El proceso implica el cambio gradual, pero firme, que analiza lo que está sucediendo actualmente para potenciar lo bueno y dejar atrás lo no tan bueno, suplantándolo por algo mejor. Es una tarea de discernimiento comunitario, donde la prioridad está en los receptores de la evangelización, bajo la pregunta sobre qué es lo mejor para ellos, cuál es la mejor

manera de transmitirles el Evangelio, cuáles son los lenguajes adecuados para cada cultura. El proceso de renovación es constante, nunca acaba, y más profundidad adquirirá en la medida en que mayor sea la relación del Pueblo de Dios con la Palabra que lo interpela.

Es necesario, pues, abandonar las estructuras caducas que ya no favorezcan la transmisión de la fe. Lamentablemente, y por más doloroso que resulte asumirlo, nuestra Iglesia, nuestras diócesis, parroquias y nuestras congregaciones religiosas cuentan con estructuras caducas, vencidas para esta época, estructuras que no permiten la transmisión de la fe, sino que la ralentizan y hasta obstaculizan. La conversión pastoral y renovación misionera, sin duda, son una llamada a juzgar evangélicamente las estructuras y modificarlas de ser necesario, inclusive eliminándolas cuando el juicio evangélico así lo disponga. La renovación es movimiento, es vida, y la transmisión de la fe también es movimiento y vida, por ende, la quietud o estancamiento no hacen más que detener la cadena de la fe que se transfiere de boca en boca, de acción en acción, de mirada en mirada, de catequesis en catequesis, de liturgia en liturgia, de acción social en acción social. Las estructuras que ayer transmitían la fe, quizás hoy ya no lo hacen, y permanecer en ellas por el capricho de no cambiar o por la inocente concepción de que la transformación de lo tradicional es una especie de pecado, no es en absoluto interpretar los signos de los tiempos.

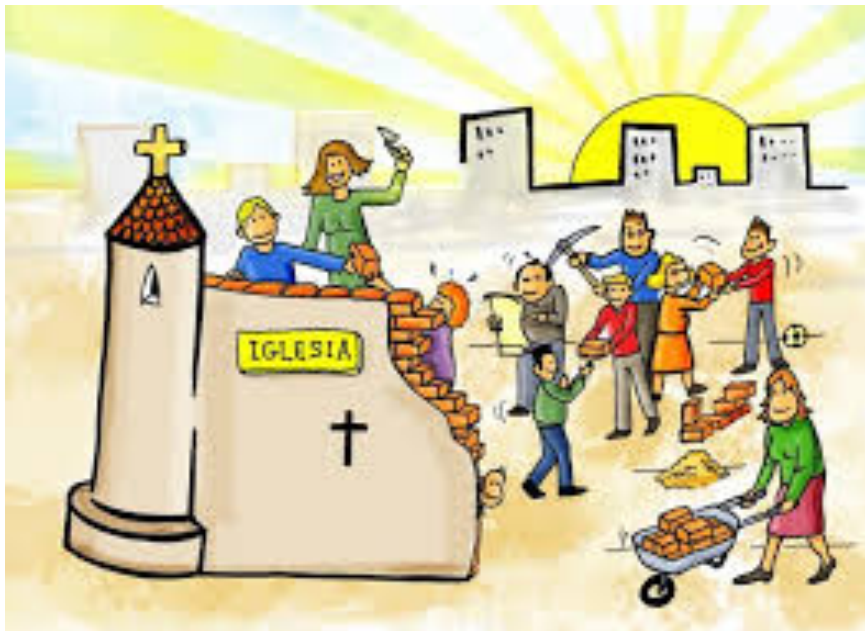
Sombras que oscurecen esta urgencia son: la resistencia al cambio de muchos sacerdotes, con una mentalidad cerrada y clericalista; la lentitud para impulsar procesos de formación profunda del laicado; persistencia de movimientos cerrados en sí mismos; prevalencia de la institución sobre la persona; falta de criterios para evangelizar el mundo urbano; sobrecarga de trabajo debida en buena parte a los pocos

agentes de pastoral; falta de una mayor reflexión teológica y de una más profunda espiritualidad misionera, entre otras. A todos nos cuesta superar esquemas pastorales heredados del pasado, porque tenemos miedo a equivocarnos y porque pensamos que no vamos a ser comprendidos por los demás. Sin embargo, es urgente que entremos con convicción en un proceso de pastoral nueva, que nos permita acercarnos a quienes se han alejado de la fe y para desechar aquellas estructuras caducas que no ayudan a crecer en la adhesión a Jesucristo.

¿Cómo dar los primeros pasos en esta conversión pastoral? Sin duda, acoger el llamado a la conversión pastoral implica partir de la búsqueda de la voluntad de Dios, que nos llama a ser evangelizadores de nuestros destinatarios. La respuesta a la invitación de Dios nos dará luz para revisar lo que ya estamos haciendo y para comprobar qué actividades pastorales ayudan a crecer en la fe y cuáles nos mantienen anclados en la rutina pastoral. Ciertamente estos cambios no son fáciles, pero si mantenemos viva la ilusión por llevar a Cristo a nuestra gente y si nuestra oración es sincera, la escucha del Señor nos impulsará a ofrecer una acogida cordial a cada hijo de Dios y a dar los pasos oportunos para la conversión de nuestras actitudes pastorales.

IX. DE UNA PASTORAL INDIVIDUALISTA A LA PASTORAL CORRESPONSABLE

Una parábola moderna cuenta cómo un día, estando



ausente el carpintero, las herramientas de su taller comenzaron a discutir entre sí, acusándose los unos a los otros. Al martillo le decían que era muy tosco y duro en su trato, al serrucho le reprochaban ser muy cortante en sus relaciones con otras herramientas, al metro le encaraban por creerse perfecto y andar midiendo siempre a los demás, a la lija le criticaban por ser muy áspera. Y la discusión era interminable. Ingresó el carpintero al taller y, usando cada una de sus herramientas, hizo una hermosa mesa de madera. La enseñanza del relato es bastante clara y sirve de motivación para esta breve reflexión.

1. La misión es comunitaria, pero...

El mandato apostólico, que nos confía la Iglesia, lo reciben y realizan, en primer lugar, las comunidades provinciales y locales. Sus miembros tienen funciones complementarias, con incumbencias todas ellas importantes. Son conscientes de que la

cohesión y la corresponsabilidad fraterna permiten lograr los objetivos pastorales. Además, sacerdotes y religiosos nos sentimos parte viva de la Iglesia, y cultivamos personal y comunitariamente una renovada conciencia de Iglesia. Lo demostramos con nuestra fidelidad al sucesor de Pedro y a su magisterio, y con la voluntad de vivir en comunión y colaboración con los obispos, el clero, los religiosos y los seglares.

Sin embargo, al mirar la realidad y el quehacer cotidiano, constatamos que las cosas no siempre son así.

- A. La misión la recibe la comunidad (parroquial, provincial o local) y cada hermano recibe incumbencias según su capacidad. Pero a menudo constatamos que los hermanos tienen a refugiarse en su campo propio, olvidando la complementariedad y sin dialogar con otros hermanos, sin dar importancia al Proyecto Educativo Pastoral de la obra y buscando fines o proyectos personales. A menudo los laicos y nuestros destinatarios, no ven en nosotros un trabajo pastoral que pueda calificarse propiamente de corresponsable. ¿Qué trae esto consigo? Individualismo y parcelamiento. En efecto, el individualismo, propio de la vida moderna, ha hecho su ingreso también en nuestras comunidades religiosas y parroquiales, destruyendo la comunión, y en nuestra misión, destruyendo la corresponsabilidad.
- B. Con un fuerte sentido eclesial colaboramos con diversas instancias de la Iglesia, pero a veces damos la sensación de encerrarnos demasiado en nuestro

mundo, de no trabajar en sinergia con otras instancias eclesiales, de ser una especie de ghetto.

En tal sentido, pues, sacerdotes y religiosos hemos de hacer un esfuerzo para pasar de una pastoral individualista a una pastoral corresponsable. Se trata de un proceso que tomará sus tiempos, pero es muy necesario si deseamos efectivamente ser mejores servidores de nuestros jóvenes.

2. Una doble iluminación

Por un lado, el sacramento del Bautismo nos hace hijos de Dios, miembros de Cristo, templos del Espíritu Santo, y nos introduce en la vida de la comunidad cristiana. Cada uno, de acuerdo con la vocación recibida, está llamado a participar en la vida y misión de la única Iglesia de Jesucristo desde la corresponsabilidad con los demás.

Por otro lado, el Concilio Vaticano II recuerda a todos los bautizados esta necesidad de cooperar a la salvación de la humanidad. Los sagrados pastores conocen perfectamente cuánto contribuyen los laicos al bien de la Iglesia entera. Saben los pastores que no han sido instituidos por Cristo para asumir por sí solos toda la misión salvífica de la Iglesia en el mundo, sino que su eminente función consiste en apacentar a los fieles y reconocer sus carismas y servicios, de tal suerte que todos, a su modo, cooperen unánimemente en la obra común. Pues es necesario que todos, abrazados a la verdad en todo, crezcamos en caridad, llegándonos a Aquel que es nuestra cabeza, Cristo.

Si nos fijamos en estas verdades, resulta fácil concluir que en la Iglesia nadie es imprescindible, pero todos somos

necesarios y protagonistas, pues estamos llamados a vivir y actuar como piedras vivas de la misma. Pero con la conciencia de tomar parte en la misión del Señor, que es el único Salvador y el único con poder para enviar en misión, como Él fue enviado por el Padre. Por gracia y misión del único Señor, todos tenemos el encargo de construir el Reino, que es un don, y nadie puede delegar esta responsabilidad en los demás.

3. Construir una escuela de comunión

Ciertamente, el número de cristianos que se han incorporado durante las últimas décadas de forma consciente a la participación en la misión ha sido muy importante., lo mismo ha sucedido en la mayoría de nuestras obras religiosas. Pero hemos de reconocer que aún nos falta crecer mucho en el trabajo corresponsable, no sólo entre religiosos, sacerdotes y laicos, sino también de consagrados entre sí. En ocasiones, muchos de nosotros actuamos más desde proyectos personales o desde los propios impulsos antes que hacerlo desde lo que nos pide la comunidad, la provincia, la congregación y la diócesis

San Juan Pablo II, al terminar el Jubileo del año 2000, afirmaba en la Exhortación *Novo Millennio Ineunte*, que el gran reto para los cristianos, al comienzo del nuevo milenio, era hacer de la Iglesia casa y escuela de comunión. Y añadía que las razones últimas de este reto eran dos: la fidelidad a la voluntad de Dios y la necesidad de encontrar respuestas evangelizadoras convincentes para la sociedad y para el hombre de hoy, atrapado por el individualismo.

En tal sentido, nuestras comunidades están llamadas a ser escuelas de comunión, puesto que se saben habitadas y animadas en su misión por la acción del Espíritu Santo, que es vínculo de comunión. Sólo desde esta experiencia, la comunión con Dios podrá proyectarse a todos los ámbitos de la vida. Como todos sabemos muy bien, la realización y la vivencia de la comunión no es fácil, puesto que cada uno tiende a actuar por su cuenta y a organizar la pastoral según sus propios criterios. En ocasiones, algunos llegan incluso a utilizar la palabra comunión para descalificar a los que no piensan como ellos. Quienes actúan de este modo, suelen medir el grado de comunión y la santidad de los demás según coincidan más o menos con su forma de ver la vida y de organizar la pastoral. Por esto, el mismo Juan Pablo II decía que, para acoger e impulsar la comunión, es necesaria una espiritualidad de comunión que nos permita adentrarnos en la contemplación del misterio Trinitario, en el que vivimos, nos movemos y existimos, para descubrir a Dios en cada hermano y para acogerlo como alguien que nos pertenece. Y si intentamos contemplar el misterio de la Trinidad, encontramos que Dios trabaja continuamente, pero siempre en comunión. La historia de la salvación es trinitaria. En el misterio de la creación, el Padre aparecía crenado con sus dos manos, la sabiduría (el Hijo) y el amor (el Espíritu Santo). En el misterio de la encarnación el Padre enviaba a su Hijo, que se encarnaba en el seno de María bajo la sombra del Espíritu Santo. En el misterio de la muerte del Señor, el Hijo entregaba el Espíritu al Padre. Tres días después el Padre resucita al Hijo por la acción del Espíritu Santo. En Pentecostés el Padre y el Hijo envían al Espíritu Santo sobre los Apóstoles. Y así po-

dríamos multiplicar los ejemplos de esta acción divina corresponsable y en comunión.

Para crecer en escuelas de comunión, nuestras comunidades tendrían que ser auténticas escuelas de oración. Los primeros pasos a dar pasan por la oración en común para descubrir lo que el Señor quiere de nosotros y por la asunción de aquellos proyectos pastorales que permitan a todos los salesianos poner sus talentos al servicio de la misión común y corresponsable. Esto nos llevará a confiar responsabilidades pastorales a personas concretas y a revisar las programaciones pastorales, teniendo en cuenta que lo que Dios realiza en el corazón de cada persona nos supera y no podrá ser nunca objeto de evaluación.

Elaborar conjuntamente el Proyecto Educativo Pastoral en cada frente de la obra, pero no sólo redactarlo, sino y sobre todo asumirlo, trazando objetivos claros y comunes y señalando las debidas intervenciones para alcanzar dichos objetivos, evaluando y reprogramando, será muy importante para no caer en individualismo ni parcelamiento. Tan importante como esto es que en cada obra religiosa funcionen adecuadamente los consejos locales, y en las parroquias los consejos parroquiales, para asegurar la identidad carismática y corresponsable de nuestros servicios.

Además, estamos llamados a crecer en la complementariedad con movimientos apostólicos y parroquias, y a tomar mayor protagonismo dentro de la Iglesia local, pues la tentación a convertirnos en una especie de ghetto es para nosotros un peligro continuo.

Por todos estos motivos, debemos favorecer espacios para el diálogo y para la escucha mutua en todos los ámbitos de la pastoral y de la evangelización. La búsqueda de nuevos métodos y de nuevas formas para evangelizar a nuestra gente pasa por favorecer la imaginación y el diálogo fraterno para mantener la unidad en lo esencial y para buscar opciones ponderadas en lo opinable.

NÚCLEO 5: Al encuentro de las nuevas periferias existenciales

Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en el mismo lugar. De pronto, vino del cielo un ruido, semejante a una fuerte ráfaga de viento, que resonó en toda la casa donde se encontraban. Entonces vieron aparecer unas lenguas como de fuego, que descendieron por separado sobre cada uno de ellos. Todos quedaron llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en distintas lenguas, según el Espíritu les permitía expresarse. Había en Jerusalén judíos piadosos, venidos de todas las naciones del mundo. Al oírse este ruido, se congregó la multitud y se llenó de asombro, porque cada uno los oía hablar en su propia lengua (*Hch 2, 1-6*).

Lucas habla en este capítulo de la fiesta de Pentecostés, pero hay un quiebre, pues del pentecostés judío pasará a hablarnos del pentecostés cristiano. ¿Cuál es su significado? La palabra Pentecostés significa literalmente,

"el quincuagésimo", es decir, el quincuagésimo día después de Pascua. Se trataba de la fiesta de la cosecha, pero del final, pues la pascua era la fiesta del inicio de la misma.

Y así como la Pascua estaba relacionada con un hecho de la historia de Israel, el éxodo de Egipto, así el Pentecostés en la tradición judía inter testamentaria estaba relacionado con la entrega de las leyes en el monte Sinaí. Por lo tanto, las señales que acompañan la venida del Espíritu Santo hay que entenderlas, en primer lugar, como una manifestación de la presencia de Dios, tal como ocurrió en el monte Sinaí.

En el día de Pentecostés vino el Espíritu Santo sobre los Apóstoles, enviado por el Padre y el Hijo. Simbólicamente Lucas usa dos signos: el viento y el fuego. El viento no se ve, pero se siente, es libre y no podemos atraparlo (diálogo con Nicodemo). El fuego ilumina, da calor, es energía y transforma las cosas. Así también el Espíritu Santo es libre como el viento y nos transforma interiormente como el fuego.

Importa saber que los Apóstoles aquel día fueron transformados interiormente. El miedo (que paraliza y aplasta) fue transformado en valentía. Abrieron puertas y ventanas, salieron a anunciar a Cristo resucitado hablando nuevas lenguas.

Apliquemos a nuestra vida. Hoy requerimos de un nuevo pentecostés. Hoy la Iglesia nos urge a emprender una pastoral de salida, ir al encuentro de las nuevas periferias existenciales de nuestra gente, y hablar su mismo lenguaje.

X. DE LA IGLESIA ENCERRADA EN SÍ MISMA A LA IGLESIA EN MISIÓN



Quizás no me resulte sencillo encontrar un icono o un referente que me ayude a graficar la cerrazón en estas líneas introductorias. Pienso en la gran cultura china de la antigüedad. Una cultura asombrosa por donde quiera que se le mire, con lengua, escritura y costumbres propias, inventores de los fideos y de la pólvora, entre otras cosas. Pero una cultura que se encerró en sí misma, como se encierra una tortuga o un caracol en su propio caparazón. Acaso la gran muralla china pueda ser el ícono ideal de esta cerrazón, construida para protegerse del ataque de pueblos enemigos. Hoy, ante el fenómeno galopante de la globalización, sería impensable pensar en una cultura que se encierre así, aunque es verdad

que en la selva amazónica aún existen pueblos aborígenes que no tienen mayor contacto con el mundo que llamamos “civilizado”. Hoy se nos viene urgiendo a construir juntos una Iglesia abierta y en salida hacia las nuevas fronteras existenciales del hombre de hoy, pero la tentación de la cerrazón dentro de la misma Iglesia puede ser una gran tentación.

1. Confesamos una Iglesia apostólica

Cuando rezamos la oración del Credo confesamos a la Iglesia una, santa, católica y apostólica. Me detengo en esta última nota eclesial. ¿Qué queremos decir cuando afirmamos que la Iglesia es apostólica?

Su apostolicidad hace referencia a que ella es un pueblo, pero no un pueblo cualquiera, sino el pueblo elegido por Dios (un laós, en su etimología griega), a diferencia de los pueblos paganos (efne). Ella, en cuanto pueblo, nació no para llenarse de honores sino para ir al encuentro de los pueblos paganos y hacerles partícipes de la salvación de Dios.

Además, decir que ella es apostólica implica afirmar que ha sido fundada sobre el cimiento de los Apóstoles. Los Apóstoles fueron escogidos, llamados y enviados por Jesús para continuar su obra, es decir, anunciar el Evangelio. Profesar que la Iglesia es apostólica significa subrayar el vínculo constitutivo que tiene con los Apóstoles, con aquel pequeño grupo de doce hombres que Jesús llamó un día por su nombre, para que permaneciesen con Él y para enviarlos a

predicar. 'Apóstol' es una palabra griega que significa 'mandado', 'enviado'".

También implica reconocer que la misión no es cosa del pasado sino del presente. La Iglesia hoy sigue siendo apostólica, lo es tanto como lo fue hace dos mil años atrás. Y la misión exige salir, ir "al encuentro de". Pero repito, el peligro de la cerrazón sigue siendo un peligro latente. Me pregunto, ¿en qué y de qué manera podría encerrarse la Iglesia hoy?

2. El peligro de la cerrazón

Uno se cierra cuando siente miedo al ambiente externo o cuando se siente muy seguro de sí mismo, por ende, no necesita salir ni exponerse a nada. Algo de esto podría ocurrirle a la Iglesia hoy y de hecho ha sucedido en épocas pasadas. El gran peligro de la Iglesia en todos los momentos de la historia, al detectar las dificultades para la evangelización, es el de encerrarse sobre sí misma, vivir con criterios mundanos y pensar que no se puede hacer nada porque el mundo está muy mal. El papa Francisco nos previene contra estas tentaciones y nos recuerda que es preferible una Iglesia accidentada por salir al mundo a una Iglesia encerrada sobre sí misma por no hacerlo: "Una Iglesia que no sale, a la corta o a la larga, se enferma en la atmósfera viciada de su encierro. Es verdad también que a una Iglesia que sale le puede pasar lo que a cualquier persona que sale a la calle: tener un accidente. Ante esta alternativa, les quiero

decir francamente que prefiero una Iglesia accidentada que una Iglesia enferma. La enfermedad de la Iglesia encerrada en la auto referencialidad: mirarse a sí misma, estar encorvada sobre sí misma como aquella mujer del Evangelio. Es una especie de narcisismo que nos conduce a la mundanidad espiritual y al clericalismo sofisticado, y luego nos impide experimentar 'la dulce y reconfortadora alegría de evangelizar'.

La Iglesia, y dígame los mismo de nuestras congregaciones religiosas en modo particular, puede encerrarse, por ejemplo, en su pasado, dormida en el tiempo, viviendo de las glorias y laureles de siglos anteriores. A veces, al contemplar el cielo de noche y asistir al bello espectáculo de las estrellas que brillan en lo alto, pienso en cuántas de ellas ya no existen más, son estrellas que se apagaron hace mucho tiempo atrás, pero cuya luz que alguna vez emitieron aún está viajando en el espacio. No sea ésta la realidad de una Iglesia desfasada y dormida en sus laureles.

También podría encerrarse en sus propias estructuras, a veces tan rígidas como las paredes de las antiguas basílicas romanas, cayendo en una suerte de inmovilismo ante un mundo que cambia muy aceleradamente y ante la pérdida de la esperanza en un futuro mejor. Muy unido a esto, podría estancarse también en una mentalidad cerrada, preocupada por conservar lo que

tiene al amparo de verdades dogmáticas que quizás hoy dicen muy poco a la gente común y corriente.

El Concilio Vaticano II, al hablar de los signos de los tiempos, ya anunciaba la llegada de profundos cambios en la historia de la humanidad. Advertía que el género humano se halla hoy en un período nuevo de su historia, caracterizado por cambios profundos y acelerados, que progresivamente se extienden al universo entero. Hoy podemos constatar que aquellos inesperados y rápidos cambios sociales, culturales, filosóficos y políticos, anunciados por el Concilio Vaticano II, han influido de forma decisiva en la maduración de la fe de muchos cristianos y en el alejamiento de Dios de otros. La secularización de la sociedad, la concepción errónea de la libertad y el relativismo en los comportamientos personales y sociales, además de provocar una profunda crisis de las conciencias, está afectando gravemente a muchas personas que han caído en la indiferencia religiosa, han disociado la fe de la vida, no han desarrollado las exigencias de la vocación bautismal e ignoran las verdades fundamentales de la fe. Y este debilitamiento de la fe es uno de los mayores obstáculos para el impulso de la evangelización en nuestros días.

3. Una mirada alentadora

La Iglesia mira el presente, pero también debe mirar al futuro con un mensaje de fe y esperanza. Ella tiene la firme conciencia de ser enviada por Cristo, de ser misionera,

llevando el nombre de Jesús con la oración, el anuncio y el testimonio. Una Iglesia que se encierra en sí misma, en el pasado, una Iglesia que mira sólo las pequeñas reglas rutinarias, traiciona su identidad. A este propósito, expresa el Papa Francisco: “Cuando pensamos en los sucesores de los Apóstoles, los obispos, incluido el Papa, porque él también es obispo, tenemos que preguntarnos si este sucesor de los Apóstoles, en primer lugar reza y después anuncia el Evangelio. Esto es ser apóstol y por eso la Iglesia es apostólica”.

Pensando en nosotros, sacerdotes y religiosos, ciertamente tenemos que dar gracias a Dios porque aún son muchas las personas que se acercan a nuestras obras y parroquias, buscando acogida, solicitando acompañamiento espiritual, pidiendo la celebración de los sacramentos y confiando en la ayuda de la Iglesia. Pero estos aspectos positivos no pueden impedirnos reconocer el alejamiento de Dios de muchos hijos suyos, particularmente jóvenes, porque nuestros esfuerzos no lograron en ellos el encuentro personal con Cristo. Si no lo hacemos, nos engañamos a nosotros mismos.

Y si bien es necesario que busquemos nuevos métodos y nuevas formas para proponer el Evangelio al hombre de hoy, si no partimos de la transformación de la mente y del corazón de quienes buscamos anunciar a Cristo, desde el encuentro frecuente con el Señor y desde la meditación de su Palabra, todos los cambios se quedarán en fuegos de artificio y en transformaciones externas que no llegarán a tocar el corazón de quienes viven alejados de Dios.

La conversión pastoral implica el paso de una pastoral de conservación de lo que hay a una pastoral más misionera y evangelizadora. La Iglesia es misionera por naturaleza y, si en algún momento dejase de serlo, no sería la Iglesia de Jesucristo. Cuando nos ponemos ante el Evangelio, descubrimos que nunca nos dice que permanezcamos tranquilos en los templos o en nuestras casas, sino que nos levantemos y salgamos al mundo, porque cada ser humano, aunque no sea consciente de ello, tiene necesidad de Dios y espera su salvación. Por eso hemos de actuar en todo momento con la profunda convicción de que la pastoral de conservación ya no tiene sentido. Desde la ilusión y el gozo por llevar a Cristo a nuestra gente, no podemos contentarnos con administrar lo que ya existe ni podemos quedarnos en nuestras obras, pensando en la incorporación de nuevos miembros. Es urgente que todos los sacerdotes y religiosos asumamos con gozo que el Señor nos envía a evangelizar el mundo de hoy, pasando de una pastoral de conservación a una pastoral de misión.

NÚCLEO 6: Con propuestas pastorales significativas y procesuales.

Una vez que había creado las infinitas estrellas, la tierra con sus montañas, mares, bosques y todo tipo de animales, Dios, según la Sagrada Escritura, formó su obra culmen diciendo: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y nuestra semejanza, para que domine sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los ganados y sobre todas las bestias de la tierra y sobre cuantos animales se muevan sobre ella” (*Gn 1,27*).

En el siglo VI a.C. un sacerdote judío, en Babilonia, escribió este texto, que es una parábola teologizada sobre el origen del universo. Los judíos habían sido llevados cautivos, lo habían perdido todo. No tenían príncipes ni profetas ni jefes. La ciudad y el templo habían sido arrasados. Parecía que la promesa del Señor no se cumpliría jamás. El mensaje del relato es claro: Si Dios tuvo el poder de crear el universo, ¿cómo no va a tener el poder de reconstruir el reino?

La parábola utiliza un lenguaje plástico, sin interés científico, pero sí religioso: Dios es autor de todo el universo, que creó con sabiduría y amor.

La creación en seis días nos señala que ésta no es perfecta, pero sí perfectible y el hombre ha de colaborar con su esfuerzo en este perfeccionamiento.

Para la acción de Dios se aplica el verbo Barah (hacer de la nada, crear). Para el hombre el escritor bíblico aplica Asah (construir, fabricar). Sólo Dios es creador en sentido propio, el hombre se vale de elementos ya creados para diseñar y construir sus herramientas y ambientes.

Dios aparece creando con su Palabra. Sólo en Él la palabra antecede a los hechos y crea. En el ser humano las palabras son posteriores a los hechos y a las ideas. Pero la palabra humana, muchas veces afanada en una especie de endiosamiento, distorsiona la realidad, "creándola" a imagen y semejanza de quien habla según sus intereses personales.

Nos dice el texto que Dios hizo la luz, los mares, los continentes, las grandes lumbreras del cielo, los árboles y los peces, y cuando la casa ya estaba la preparada, hizo al hombre con sabiduría y amor. El hombre es la cumbre de la creación visible. En una palabra: hubo todo un proceso marcado por etapas. Dios no improvisa ni actúa por hechos aislados, sin conexión alguna. La historia de la creación y la naturaleza misma están marcadas por procesos.

Apliquemos a nuestra vida: Si Dios actúa por procesos ¿por qué nosotros no? Una auténtica conversión pastoral nos pide pasar de una pastoral de actividades aisladas a una pastoral de procesos serios y significativos. ¿Estaremos dispuestos a esto?

XI. DE UNA PASTORAL DE ACTIVIDADES

A LA PASTORAL DE PROCESOS



Hablar de pastoral es referirnos a una acción muy compleja aunque profundamente unitaria. ¿Por qué es compleja la acción pastoral?

1. La complejidad de la acción pastoral

Primero, porque se trata de favorecer el encuentro personal del niño, adolescente, joven y adulto con Jesucristo, lo cual no es tarea fácil. A un ingeniero, por ejemplo, se le exige un objetivo muy concreto, como puede ser el de construir un puente. Le llevará un tiempo limitado, sabrá qué materiales y técnicas empleará y podrá mostrar el fruto de su

trabajo. Pero cuando en pastoral apuntamos al encuentro personal con Cristo, no sucede necesariamente así. ¿Cuándo podemos decir que tal joven o adulto ha alcanzado ya el encuentro personal con Cristo? ¿Lo hemos alcanzado nosotros?

Segundo, porque el agente pastoral debe hablar a sus destinatarios de realidades “que no se ven”. Siempre es más fácil hablar de aquello que se ve, pero cuando nos toca predicar acerca de lo que no se ve, el asunto se complica más, hacerlo es todo un arte y requiere de una fe muy robusta.

Y tercero, porque la acción pastoral no ve resultados inmediatos, lo cual motiva a trabajar con la mentalidad del sembrador, con la confianza puesta en Dios, quien hará germinar y crecer la semilla en el corazón de cada hombre y mujer “a su debido tiempo”. A veces no ver resultados inmediatos nos tienta a pensar equivocadamente que cuanto se hace es inútil.

Téngase siempre presente lo siguiente:

- La pastoral es mucho más que las meras clases de religión y las celebraciones litúrgicas.
- La pastoral no es un recetario que se repite año tras año y de idéntica manera en cualquier sitio y condición.

- La pastoral no es tarea de una persona, por más experiencia que tenga. La pastoral es una acción colectiva de la comunidad educativa-pastoral. La labor pastoral es tarea de todos los actores que estamos comprometidos en la labor: directivos, docentes, auxiliares, alumnos, familias, religiosos y seculares. Todos abocados en este esfuerzo de alcanzar la síntesis entre fe y vida en nuestros fieles.

2. La necesidad de una pastoral significativa

De continuo, motivados por nuestro deseo de hacer una pastoral significativa, nos preguntamos: ¿cómo lograr que nuestros niños, jóvenes y adultos lleguen a ser personas maduras, solidarias y fraternas, comprometidas con su entorno, abiertos y tolerantes, con una experiencia del Dios misericordioso que los quiere y los anima a llevar adelante una misión en su vida?

En nuestras obras realizamos infinidad de actividades relacionadas con la pastoral: clases de religión, celebraciones litúrgicas, preparación a los sacramentos, Mes de María, y diversas celebraciones según los tiempos litúrgicos, campañas de trabajo social y solidaridad entre la gente, pastoral familiar y visitas a familias, animación de grupos juveniles de diversa índole, etc. Eso, e incluso otras cosas, las hacemos año tras año, con mayor o menor entusiasmo, muchas veces imbuidos de un fuerte entusiasmo y celo pastoral, bajo el precio de “pescar” un agudo estrés. Y sin embargo, cabe la

pregunta: ¿Nuestras propuestas pastorales son realmente significativas? ¿Podemos llamar pastoral a lo que hacemos con nuestros niños, jóvenes y adultos? Y si esto no es la pastoral, entonces ¿de qué se trata?

Estas interrogantes no pretenden desanimarnos ni complicarnos la vida. Sólo intentan invitarnos a una mayor re-reflexión sobre nuestro servicio pastoral. ¿Cómo responderíamos nosotros a esas interrogantes? Ciertamente, esas son actividades pastorales. Tienen un valor en sí mismas que hay que resaltar. Son acciones positivas que favorecen el ambiente y la vida de nuestras obras. Ahora bien, podemos realizar un montón de actividades de índole religiosa y hasta tenerlas bien organizadas y, sin embargo, carecer de una propuesta pastoral auténtica. ¿Dónde está la diferencia entre un montón de actividades y una propuesta pastoral?

- Primero, en la intencionalidad de todo ese conjunto de actividades: ¿qué pretendemos, qué queremos alcanzar, cuál es el objetivo de todas esas acciones? En otras palabras, tener claro el tipo de cristiano que queremos formar, el modelo de Iglesia que queremos impulsar y vivir, la fe que se recibe y comparte, la imagen de Jesús que se quiere comunicar, la moral que se propone.
- Segundo, en la conciencia clara y asumida de identidad del sujeto que lleva adelante este conjunto de actividades. Somos sacerdotes y religiosos, con unos va-

lores, unos modos de actuar específicos y propios, unos criterios que permiten elegir y decidir, una fe, un mensaje, un proyecto.

- Tercero, más aún si se trata de una escuela, una metodología pertinente al ámbito educativo. Se trata de evangelizar a través de la educación, de una manera pedagógica. Comunicar la Buena Noticia de Jesús a través del canal de la educación. Podríamos decir que las acciones pastorales (celebraciones, compromisos apostólicos, misiones, etc.) han de tener en cuenta las condiciones propias del hecho educativo, no para encerrar en una camisa de fuerza el Evangelio, sino para que de verdad sea la levadura que entra en “esta masa” y le da vida. A su vez, desde el ámbito pedagógico existe una mayor preocupación de los procesos de formación permanente más allá de los currículos formales prescritos por la autoridad, puesto que la gama de intereses y necesidades de las personas, especialmente de los jóvenes, no siempre están incorporadas en los programas de estudio. De más está decir que, como aspecto considerado ya como un lugar común dentro de las nuevas directrices pedagógicas, la educación se entiende de modo integral, es decir, afectando no sólo el plano intelectual, sino también lo afectivo y lo operativo de cada persona.
- Cuarto, conviene resaltar que la pastoral tiene un modo de hacer las cosas que la identifican; es lo que

llamamos el “sentido pastoral”. Una serie de valores que la caracterizan, por ejemplo, la centralidad de la persona humana, el respeto al otro, la supremacía de la vida por encima de cualquier idea, dogma o ley, la construcción de la fraternidad, etc. Estos valores se desprenden del evangelio, del proyecto del reinado de Dios, del caminar histórico de la Iglesia, de los avances y logros de la misma sociedad, por ejemplo, los derechos humanos.

- Quinto, en la pertinencia de la respuesta que se dé a las necesidades, expectativas, condiciones propias de la realidad de las personas que participan y actúan en la obra. La pastoral ha de ser una respuesta adecuada a cada situación concreta, en este momento de la historia por la que está pasando un determinado grupo social. No es la repetición anual de una serie de acciones aprendidas o dictadas por la tradición.

Si la acción pastoral tiene como finalidad alcanzar en nuestros destinatarios la síntesis entre fe y vida a través de un encuentro personal con Cristo Jesús, no podemos hacerla igual para todas las personas, ni para todos los ambientes, ni de una vez por todas. Hay que tener en cuenta las situaciones reales, sociales y de fe de las personas, y desde allí ofrecerles, por etapas o pasos, las experiencias pastorales que les permitan progresivamente alcanzar los objetivos propuestos. Es decir, promover la vivencia de la fe requiere de todo un proceso.

Por “proceso” entendemos aquí la secuencia lógica de etapas o pasos a seguir, de reflexiones y acciones, hacia un determinado objetivo. En la naturaleza todo está marcado por procesos y la misma historia de la salvación es procesual. La pastoral no puede ser una excepción. Cristo mismo la compara con el proceso que sigue el grano de mostaza desde su siembra hasta convertirse en árbol (cf. *Mt 13, 31-32*). La compara también con el proceso que sigue la levadura para fermentar la masa (cf. *Mt 13, 33*). Por eso, la acción pastoral no debemos hacerla de cualquier manera, ni según nuestros antojos, sino acomodándola a un proceso en el cual se tengan claros el punto de partida, el punto de llegada, los pasos intermedios, los recursos y modos adecuados.

De aquí se infiere la necesidad de una serie de itinerarios que abarquen todo el proceso pastoral y respondan a las distintas dimensiones de la persona humana. Itinerarios que luego han de ser segmentados, hasta llegar a la mayor concreción posible. Sólo así la persona podrá iniciar, caminar y profundizar en la experiencia de fe, abrirse a la experiencia de un Dios misericordioso que lo ha creado, lo acompaña y le da sentido a su vida. Nuestra pastoral será efectiva si, a través de ella, hacemos que Dios reine en las personas y en las comunidades. Todo lo demás ha de orientarse hacia este gran objetivo. Es un proceso lento y largo de descubrimientos; no hay recetas ni soluciones exteriores. Es la persona quien descubre el sentido de fe de su propia vida, y es ahí donde se encontrará con Cristo por la fe.

Ésta ha sido una reflexión constante de la Iglesia en los últimos tiempos, es una reflexión común, pero cuánto nos cuesta ponerla en práctica, a veces no por mala voluntad, sino por qué no encontramos el modo concreto para plasmar este noble ideal. En breve, como servidores del camino de fe de nuestros destinatarios, abiertos a una continua conversión pastoral, y buscando brindar una propuesta de fe más significativa, tenemos en claro lo siguiente:

- a. El establecimiento no tanto de instancias formativas aisladas (por buenas que sean), sino de procesos formativos, constituidos por itinerarios de vida y de fe, más vinculadas a la maduración de fe de las personas que a tiempos prefijados.
- b. La importancia de instalar un serio acompañamiento en los procesos educativo-pastorales, considerando las necesidades y experiencias de nuestros destinatarios.
- c. La existencia de áreas o dimensiones en los procesos formativos, que permite adecuar la exposición de los contenidos doctrinales como eje único para su estructuración.
- d. La creciente valoración de los contextos en los que ocurren los procesos.

- e. La reflexión y análisis que se hace de la pedagogía de Jesús.

Hoy, afortunadamente, muchos agentes de pastoral vamos tomando conciencia de que la evangelización centrada en el adoctrinamiento es del todo ineficaz. Sabemos que el modelo de transmisión de la información como estrategia de enseñanza y aprendizaje ya no funciona. La sociedad plural del conocimiento y la información no permite dar consistencia a la fe como ideología, aunque sea actualizada. Comienza a hablarse cada vez más de pastoral de procesos, donde exista:

- Atención a la experiencia personal.
- Sentido de la gradualidad en el camino creyente.
- Integración de lo humano y de lo espiritual, lo cual exige una pastoral procesual e interdisciplinar.

